

BOLSILIBROS
BRUGUERA

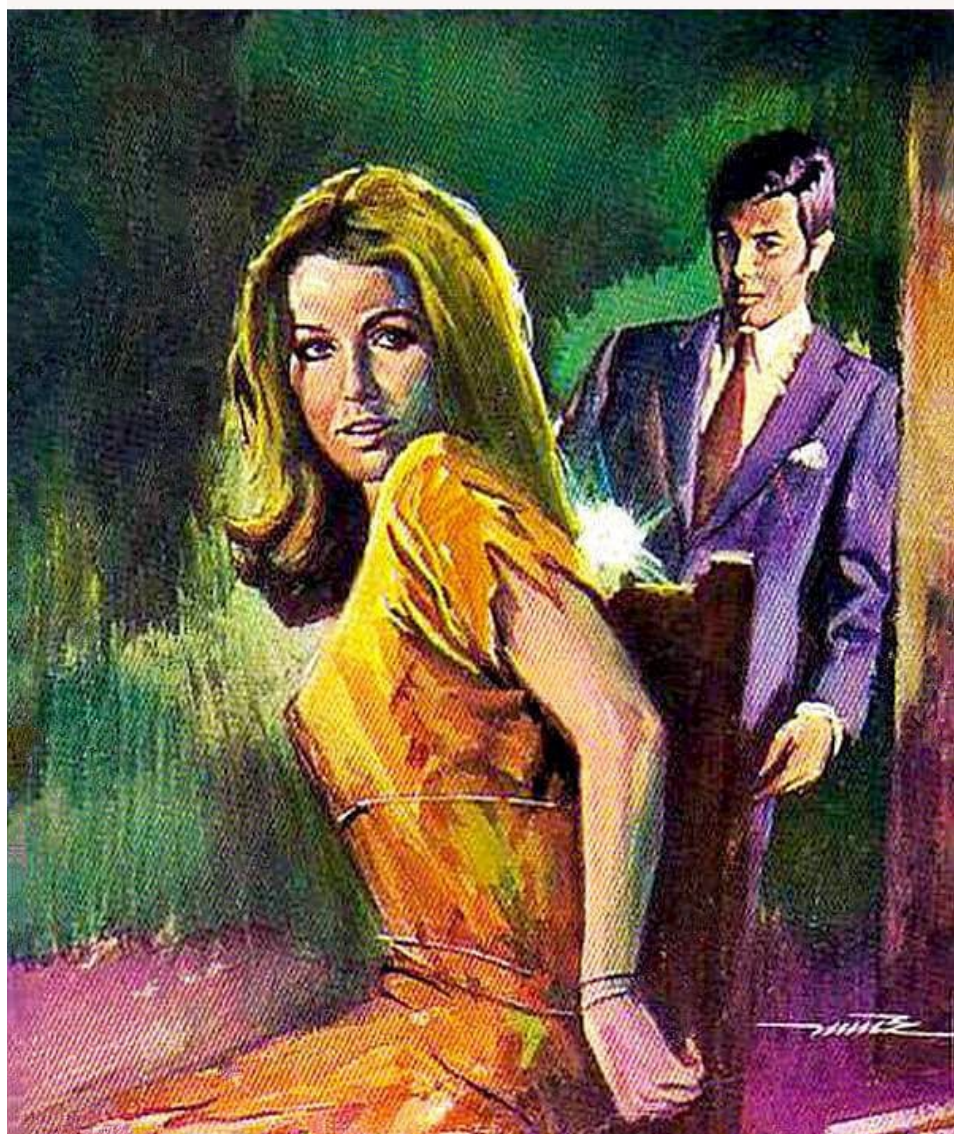
SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

la vuelta de "el exterminador"

burton hare



Un nueva aventura del personaje creado por Burton Hare. En esta ocasión tendrá que estar pendiente de su pareja, desaparecida en extrañas circunstancias, y el secuestro de un buque con residuos altamente tóxicos. Todo un reto para uno de los mejores agentes del mundo...



Burton Hare

La vuelta de «el exterminador»

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1073

ePub r1.0

Lds 02.03.18

Título original: *La vuelta de «el exterminador»*

Burton Hare, 1971

Cubierta: Jorge Nuñez

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

ACCION SIMULTANEA

Sobre el oscuro casco del gigantesco carguero, unas letras de bronce, limpias y brillantes, rezaban:

BLUE STAR

El navío se mecía suavemente al apartarse del muelle de carga. Sólo había un par de hombres contemplando su marcha. Ambos eran de mediana edad, rostros sin expresión y ropas de precio, que, sin embargo, no les sentaban demasiado bien, quizá porque los dos estaban más habituados a vestir uniforme.

Uno de ellos musitó:

—No puedo quitarme de la cabeza que es un error hacerlo así, coronel.

—¿Por qué? Es la mejor forma de evitar comentarios ácidos de la prensa internacional. Tal como está la situación en la actualidad, no podemos permitirnos el lujo de desatar otra campaña contra nuestro país.

—A pesar de todo, es demasiada responsabilidad para confiarla a un buque desarmado y sin escolta. Además...

—¿Sí, comandante?

—Si hubiera un accidente..., cualquier cosa que pudiera provocar un cataclismo...

—Ése es un riesgo que era preciso correr de cualquier modo, con escolta o sin ella.

El comandante cabeceó, sin dejarse convencer.

El *Blue Star* se dejó manejar por los potentes remolcadores. Giró

perezosamente, apartando la proa del muelle. Soltó un corto y agudo pitido y luego sus máquinas entraron en acción con un sordo latido audible desde tierra.

Hubo un violento remolino de espuma blanca en su popa. Cobró velocidad, aunque todavía sujeto por los remolcadores.

Los dos hombres no pudieron contener un suspiro de inquietud.

—Creo que podemos marcharnos, coronel —rezongó el comandante.

—Sí, ya nada nos queda por hacer aquí.

—Sólo rezar para que todo salga bien.

El coronel le dirigió una mirada indignada. Tenía el ceño fruncido, y su rostro auguraba tormenta.

—Es usted un pusilánime, comandante —estalló—. Sabe perfectamente que la tripulación de ese buque ha sido cuidadosamente escogida. Sus oficiales son de nuestra Armada, y todo el cargamento está al cuidado de expertos científicos. ¿Qué demonios es lo que teme usted?

—Lo siento, no quise parecer un ave de mal agüero, señor.

—Pues cualquiera creería que eso era, precisamente, lo que trata usted de parecer.

Los dos echaron a andar, alejándose en busca del discreto coche negro que les aguardaba fuera de los tinglados y las grúas.

Si en lugar de dirigirse hacia el Norte, bordeando el alargado edificio del más cercano almacén portuario, hubieran emprendido la dirección contraria, habrían visto, bajo la mortecina luz del anochecer, el largo «Cadillac» estacionado muy cerca de un muro, cerrado y silencioso.

Dentro del auto, dos hombres permanecían también en silencio, inmóviles, esperando.

De pronto, uno de ellos masculló:

—Los remolcadores lo han soltado. No cabe duda que zarpa realmente esta noche.

—Espera un poco más. No me sorprendería que fuera otra cortina de humo como las de otras noches..., simulando una salida que luego no se produce.

—Bueno, no importa perder un poco más de tiempo.

—Ahora han encendido las luces.

—Y los remolcadores se alejan. Bien, un poco más y daremos la

señal.

El tiempo pareció detenerse para ellos. No tenía ningún significado.

El *Blue Star*, navegando ya por sus propios medios, se alejaba constelado de luces, sin distinguirse en absoluto de los otros muchos cargueros que entraban y salían de los muelles todos los días. No había nada secreto ni subrepticio en su partida.

No obstante, los dos espías no le perdían de vista, mientras iba fundiéndose en la noche como una oscura y gigantesca mancha.

—¿Qué te parece?

—Seguro que zarpa. Ha sido una suerte que quisieran hacerlo todo como si se tratara de una carga normal y corriente, así no han podido rodear el muelle de centinelas, lo que facilita nuestro trabajo.

—¿Damos la señal?

—Creo que debemos aguardar un poco más, sólo para estar absolutamente seguros...

—Está bien.

El navío siguió su rumbo lentamente. Veinte minutos después había desaparecido más allá de la bocana. Lo vieron por última vez cuando pasó bajo los reflectores que señalaban los límites del puerto, y luego se esfumó.

—Muy bien —dijo uno de los apostados dentro del «Cadillac», sumidos en la oscuridad más absoluta—. Avísales.

El otro abrió un compartimiento del salpicadero y extrajo un pequeño micrófono. Manipuló en unos mandos invisibles y, de pronto, una voz metálica sustituyó al persistente zumbido de la estática.

La voz dijo:

—Captada la señal. Informen.

—Acaba de levantar el vuelo.

—¿Seguro?

—Sin ninguna duda.

—Perfecto. Sigán, donde están, unos minutos más para tener la total seguridad y luego informen de nuevo.

—Comprendido.

La comunicación se cortó. El hombre dejó el micrófono y rezongó:

—Empiezo a aburrirme. Es una tontería continuar aquí.

—Quien manda, manda —replicó el otro.

—Daría cualquier cosa por un cigarrillo.

—Olvidalo, hasta que nos vayamos.

La espera se prolongó por otros quince minutos, al cabo de los cuales establecieron nueva comunicación.

—Creemos que ya no hay duda alguna de su marcha, señor —dijo el que manejaba el micrófono.

—Perfecto. Regresen inmediatamente. No desconecten el micrófono esta vez por si es preciso comunicarles alguna disposición urgente por el camino. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Déjenlo conectado. Ya saben el camino que deben recorrer.

—Entendido.

El hombre depositó el micrófono dentro del compartimiento, pero sin cortar la comunicación, de modo que el pequeño bulbo rojo del aparato siguió encendido.

El otro maniobró, y un minuto después corría fuera del puerto en busca de la Nacional II. Allí, el conductor aceleró ligeramente, mascullando entre dientes:

—Se me ocurre que son demasiado rutinarios.

—¿De qué hablas?

—De las órdenes. ¿No te das cuenta? Para regresar, sigan ésta o la otra carretera. No se desvíen. No se detengan en ningún lugar. Y ahora, no desconecten el receptor. ¿Qué infiernos se creen que es esto?

—Bueno, pagan bien y todo lo que se nos exige es vigilar un barco. Por mí está bien.

—Sí, claro..., pagan estupendamente, pero todavía no hemos visto un centavo.

—Sabes perfectamente que el trato fue que nos pagarían cuando nuestro trabajo de vigilancia hubiera terminado. Y no ha acabado hasta hace unos minutos. ¿De qué te quejas?

—No me quejo.

De pronto, el bulbo rojo que brillaba en el aparato palideció visiblemente, oscilando luego. Al mismo tiempo, de alguna parte del coche se elevó un suave zumbido.

—¡Eh! ¿Qué infiernos significa eso? —Gruñó el conductor.

—No lo sé... quizá algún fallo. —Trata de comunicar y...—
Nunca terminó.

No se trataba de ningún fallo.

El coche explotó convirtiéndose en un rugiente volcán.

Pedazos de la carrocería volaron por los aires. El motor zumbó como un proyectil, describió una parábola y cayó sobre un «De Soto», aplastándolo junto con sus ocupantes.

De los dos viajeros del coche dinamitado no quedaron más que sangrientos despojos esparcidos en un enorme radio. En el centro de la carretera, allí donde el coche había estallado, apareció un cráter semejante al de una bomba aérea.

Dos coches que circulaban cerca en el momento del estallido fueron arrojados fuera de la carretera dando tumbos. Otro, alcanzado por la onda expansiva, dio una voltereta y quedó tumbado con las ruedas girando locamente.

En unos instantes, la carretera se convirtió en una sucursal del infierno.

* * *

Casi a la misma hora en que el coche se convertía en fragmentos, ocurrieron multitud de sucesos en distintas partes del mundo.

Todos esos sucesos estuvieron conectados entre sí mediante extrañas llamadas por radio, en una onda secreta y utilizando una complicada clave.

La primera de las misteriosas llamadas vibró sobre el océano y fue captada por la oscura masa de un alargado submarino posado sobre las olas como un gigantesco cetáceo reposando a la luz de la luna.

Era un sumergible tipo

«U-17»,

de los que Alemania utilizó durante la Segunda Guerra mundial, sólo que había sido modificado sensiblemente para aumentar su eficacia.

La llamada penetró en su caparazón de acero y obligó al radiotelegrafista a dar un salto después de anotarla cuidadosamente. Dejó la escucha al cuidado del segundo operador y

corrió al encuentro del comandante.

Éste era un hombre bajito, delgado y de rostro cetrino. Llevaba una espesa barba y sus ojos refulgían como carbunclos bajo unas cejas como cepillos.

—¡Acaba de llegar el aviso, comandante! —exclamó el radiotelegrafista, alargándole la hoja de papel amarillo—. Zarpó hace apenas media hora.

—¡Magnífico! Vuelva a su puesto y permanezca atento a cualquier comunicado. Tal vez varíen el rumbo y entonces nos veríamos obligados a navegar a toda máquina para ocupar una nueva posición.

—Sí, señor.

El comandante leyó el mensaje, lo dobló cuidadosamente guardándolo en el bolsillo, y una helada sonrisa aleteó en sus labios pálidos. Ahora, ya sólo era cuestión de esperar.

* * *

La noche estaba poblada de misteriosos susurros alrededor de la residencia, cuyos jardines se extendían en una extensión de varios acres de terreno, cuidados y exuberantes. En sus lindes casi se fundían con la espesa selva que había más allá, impenetrable, misteriosa y letal.

En la residencia de Daisin Omuta reinaba la actividad a pesar de lo tardío de la hora. El propietario, Omuta, rodeado de seis hombres, se inclinaba sobre unos mapas esparcidos sobre la mesa.

—No va a ser difícil conseguir todos los objetivos —rezongó entre dientes.

Su tez negra, sudorosa, albergaba unos ojillos relucientes, muy juntos y crueles. Sus acompañantes, todos de raza negra también, asintieron en silencio. Había tres que vestían el llamativo uniforme de la guardia presidencial de su país.

Omuta se echó atrás en el confortable butacón en que estaba sentado.

—Tan pronto recibamos la comunicación, desencadenaremos el asalto. Después...

Dejó la frase sin terminar, refocilándose con ese «después» que se les ofrecía.

Dongo Kamzan, uno de los que vestían uniforme, se encargó de terminar por él.

—Después —dijo—, todo el continente africano caerá bajo nuestro poder. Convertiremos Africa en una gran potencia mundial capaz de dictar sus propias disposiciones.

Hubo un murmullo de asentimiento.

Y en aquel instante, el comunicado que aguardaban llegó, llenándoles de entusiasmo.

Fueron cursadas rápidas órdenes. En la noche empezaron a moverse furtivas sombras, las armas se aprestaron a cumplir su cometido de muerte y el asalto al poder se inició con implacable crueldad.

Las emisoras de radio fueron tomadas por entrenados comandos, que pasaron a cuchillo a cuantos hombres trataron de resistírseles.

La guardia presidencial, sorprendida por sus propios oficiales, fue diezmada y barrida bajo el huracán de plomo de las metralletas. Los asaltantes invadieron el palacio como una riada incontenible, hasta irrumpir en el dormitorio presidencial.

Un hombre se les enfrentó allí. Era de mediana edad, con cabellos grises que resaltaban en la negrura de su piel. Era el presidente.

Daisin Omuta cruzó la puerta de un salto.

—Le advertí una vez que volveríamos a vernos, Wando Sileyta. La ocasión ha llegado.

—¡Estáis locos! ¿Qué van a conseguir con eso? El país necesita paz para elevarse y salir de su miseria de siglos..., sin unidad no hay progreso, Omuta.

Éste rió a carcajadas.

—¡Nosotros traeremos el progreso! Obligaremos al mundo a financiar nuestra propia potencia..., pero para conseguir eso, tú estorbas...

Las metralletas rugieron. El hasta entonces presidente del turbulento país africano, fue zarandeado por las mortales andanadas de plomo, y su cuerpo giró, sacudido por los impactos, hasta derrumbarse de bruces sobre el suelo, donde quedó inerte, desangrándose.

La muerte de aquel hombre fue una puerta que se abrió a la depredación y al crimen. Todo el país, durante días, se vio

sumergido en un cruel baño de sangre que horrorizó a las cancillerías mundiales cuando los detalles de las matanzas llegaron a ellas.

Sólo que esos detalles, y las espeluznantes fotografías, nunca, alcanzaron la publicidad. Razones de alta política aconsejaron a las potencias echar tierra al asunto, mantener cerrados los ojos y los oídos a los angustiosos mensajes de socorro de quienes morían o eran aplastados por el rodillo sangriento de una revuelta que pasaba a sangre y fuego todo un martirizado país.

La política es, siempre, la política.

* * *

Como fueron también razones políticas las que impidieron al mundo darse cuenta de la catástrofe que significaba la revolución de cierto país americano, convulso desde siempre por golpes militares, contragolpes, revueltas y algaradas que permitían a sus políticos ocupar por turnos un poder despótico, expoliar las arcas del tesoro y dejarse arrojar después al destierro, para permitir que otros repitieran el acostumbrado ciclo, aumentando la miseria del pueblo y sus cuentas privadas en la banca mundial.

Y así una y otra vez.

Excepto esta última.

Fue, al principio, un golpe como los muchos que se habían sucedido a lo largo de años.

Sólo que las cosas no fueron iguales.

Las armas, manejadas por hombres implacables, barrieron todo conato de resistencia. Grupos de cinco o seis revolucionarios se desperdigaron por la capital asaltando las residencias de los ministros, exterminándolos uno a uno con una ferocidad sin límites...

El propio presidente, que al oír los primeros estampidos de los rifles y ametralladoras, saltó de la cama y se vistió, advirtió pronto que esa revuelta iba a ser «diferente».

El tenía las maletas preparadas, desde luego. Y un gran portafolios lleno de documentos interesantes, entre los que había, en clave, por supuesto, los comprobantes de sus cuentas de dólares en los Bancos suizos...

No pudo llevarse nada de todo esto.

Los hombres que entraron en sus habitaciones después de acribillar sin piedad a la guardia personal del señor presidente, ni siquiera admitieron discusión alguna con éste.

Simplemente, le convirtieron en una piltrafa sangrante y le abandonaron después sobre el suelo de elegante *parket*, y en tropel incontenible se lanzaron en busca de los familiares del señor presidente.

Así se extinguió su dinastía, y los incontables millones acumulados en los Bancos suizos se convirtieron en un quebradero de cabeza para los banqueros..., y en un motivo de satisfacción para el Gobierno, porque, sin herederos que los reclamasen, con el tiempo, irían a engrosar sus propias arcas.

Y en el pequeño y desgarrado país se estableció otro despótico Gobierno, muy semejante a los anteriores..., excepto en que, desde el principio, demostró un total desprecio por las normas internacionales, como si en lugar de un Gobierno sin poderío alguno contarán con el más poderoso de los ejércitos del mundo.

Cosa que, después de todo, quizá no estuviera muy lejos de la realidad...

* * *

Hubo muchos acontecimientos aquella noche, ligados de algún modo con las llamadas por radio, la voladura del «Cadillac» y la marcha del carguero *Blue Star*.

Un oficial de información del ejército, que aguardaba en su elegante residencia de Hianys Park, oyó la llamada en su puerta y suspiró, lleno de satisfacción y alivio.

Apresuradamente se dirigió a abrir. Casi podía sentir entre sus dedos el suave tacto de los crujientes billetes que iban a pagarle..., doscientos mil dólares, ni más ni menos.

Doscientos mil dólares por un simple informe secreto.

Un estupendo precio, sin duda.

Abrió la puerta. Fuera, vio a un hombre corpulento, cuyo rostro estaba sumido en sombras gracias al ala del sombrero.

El hombre preguntó:

—¿Es usted Wiggins?

—Sí, sí. ¿Lo trae?

—Naturalmente.

—Entre.

—No es necesario.

Llevaba un grueso portafolios en la mano. Lo abrió. Su derecha se hundió en la cartera y volvió a salir empuñando una larga «Luger» provista de silenciador.

Wiggins pegó un salto atrás.

—¿Qué significa esto? —balbució.

—El pago, amigo...; el pago de su traición...

La pistola empezó a toser repetidamente. El oficial de información no pudo emitir ni un grito, muerto mucho antes de caer de bruces.

El asesino guardó la pistola, trató de cerrar la puerta, y al ver que el cadáver, con cabeza destrozada, lo impedía, lo apartó de un puntapié.

Cerró y se fundió en la noche.

Y aún hubo muchas acciones simultáneas...

Todas con un denominador común:

La sangre.

CAPÍTULO II

Johnny Wagner descendió las escaleras a saltos. Salió al jardín y dio un vistazo a la piscina. El sol despuntaba apenas, pero la temperatura era suave y cálida.

Se duchó rápidamente y un minuto después se zambullía en las quietas aguas de la piscina.

Según su personal opinión, era una manera excelente de empezar el día.

Estuvo tentado de llamar a Jannina, pero no lo hizo. El día anterior había sido tormentoso y a la noche las cosas no mejoraron poco ni mucho, de modo que ella debía seguir en sus trece, enfurruñada, así que decidió darle tiempo.

Sería ella, sin duda, la que buscaría la reconciliación.

Salió, subió al trampolín y realizó un magnífico salto del ángel.

Johnny Wagner sentíase en paz con el mundo. Bueno, excepto con Jannina, por supuesto, pero eso se arreglaría por sí mismo.

Habían quedado muy lejos los tiempos en que su vida pendía siempre de un tenue hilo. Los tiempos en que matar o morir no tenía ningún significado para él. Ahora, todo era distinto.

Nadó sumergido cruzando la piscina. Cuando sacó la cabeza fuera del agua vio a la mujer erguida arriba.

—¡Hola! —exclamó—. ¿Qué pasa, señora Harriet?

—Sólo quería preguntarle si la señora dejó dispuesto algo para mí, señor. De lo contrario, voy a empezar la limpieza como de costumbre.

Johnny sacudió la cabeza para librarse del agua que se deslizaba hacia sus ojos.

—Temo que no lo comprendo —rezongó—. ¿Por qué no se lo pregunta a ella?

La mujer enarcó las cejas.

—Porque no está en su habitación, señor. Y, al parecer, se llevó algunas de sus cosas, por lo que he supuesto que la señora habría salido de viaje...

—¿De qué infiernos está hablando?

Salió de la piscina y se encaminó a la casa. La mujer que se encargaba de la limpieza le siguió, rezongando por aquella pérdida de tiempo.

Johnny subió las escaleras a saltos y abrió bruscamente la puerta de la habitación de Jannina.

La cama estaba intacta. Nadie había dormido en ella. Vio el armario abierto y algunos colgadores vacíos.

Entró en el cuarto de baño y comprobó que los tarros de crema de la muchacha habían desaparecido. También el tocador estaba limpio de frascos de perfume o maquillaje.

Se estremeció.

Jannina se había marchado durante la noche.

No podía comprenderlo. La discusión del día anterior no había sido nada grave..., nada que no hubiese sucedido otras veces, sin que tuviera mayor importancia...

—¿Señor?

Se volvió. La sirvienta le contemplaba con mal disimulada curiosidad.

—No lo comprendo —musitó—. Debe haberse ido esta noche...

—¿Sin despedirse, señor?

Vio el brillo morbosos en los ojillos astutos de la mujer.

—Está bien, continúe usted con sus obligaciones. Yo me ocuparé de esto. —Sí, claro...

Salió. Fue a su cuarto y se vistió apresuradamente.

Sólo que cuando lo hubo hecho se preguntó de qué maldita cosa servían las prisas. No sabía dónde encontrar a Jannina.

Eso era un hecho.

No podía tener la más remota idea del lugar al que se había dirigido..., ni por qué.

Se dejó caer sentado sobre la cama. Poco a poco, una furia sorda le invadió. Luego, levantándose, gruñó en voz alta:

—¡Al demonio, ya regresará si quiere!

Pero no era tan fácil. Un profundo dolor le torturaba, porque, si

no lo hubiese sabido antes, ahora advertía cuánto quería a la muchacha.

Johnny midió el dormitorio de un lado a otro a largas zancadas.

Era un hombre alto, delgado y extremadamente elástico y fuerte. A pesar de su vida relativamente pacífica en la actualidad, nunca había dejado los violentos ejercicios que le fueron enseñados cuando le adiestraron, años atrás.

Su rostro, antaño de expresión indescifrable, facciones correctas y ojos de mirar tan helado como un témpano, tenía ahora más expresión, cual si se hubiese humanizado.

Pero seguía siendo el Johnny Wagner de otro tiempo..., al menos, aparentemente.

En su fuero interno sabía que no, que aquel implacable individuo que se ganaba el apodo de el Exterminador en todos los círculos de espionaje mundial había muerto.

Ya no quedaba nada de él.

El Exterminador hubiera sabido de inmediato dónde buscar a Jannina. Hubiera podido encontrar su paradero fácilmente...

En cambio, hubo de confesarse que el desconcierto más absoluto le convertía en un perfecto inútil para semejante tarea.

Se dejó caer sentado en el revuelto lecho y hundió la cara entre las manos. Era absurdo que ella hubiera huido sólo por la discusión que sostuvieron...

Ella debía saber forzosamente el daño que iba a causarle con su abandono... Jannina sabía perfectamente cuánto la amaba, cuán profundo era el cariño que sentía por ella, quizá porque en sus comienzos aquel amor nació de la más cruel violencia, emergiendo de las cenizas de la muerte como un nuevo Fénix.

En aquel momento sonó el teléfono. Johnny pegó un brinco y corrió a descolgarlo con la esperanza de que fuera Jannina...

No era Jannina.

Era una voz que él se había esforzado en olvidar durante ese año de paz y felicidad que la muchacha le había brindado.

—¿Johnny? —dijo la voz—. Quiero verle, muchacho... y pronto.

* * *

El hombre que hablaba por teléfono había dejado atrás los

sesenta años. Era delgado, fibroso y elegante en su vestimenta. Sus cabellos eran completamente blancos y sus ademanes vivos y resueltos.

Muy pocas personas en el mundo sabían cuáles eran sus verdaderas actividades, y muchas de las que lo habían averiguado no estaban vivas en la actualidad para contarlo.

—... Quiero verle, muchacho..., y pronto.

Los cinco personajes reunidos en torno a la mesa le miraron, unos con evidente escepticismo, otros quizá con esperanza.

El hombre viejo pareció ignorarlos cuando siguió hablando por el auricular, discutiendo encarnizadamente con su interlocutor tratando de convencerle para que acudiera al mismo lugar en que tiempo atrás solía acudir muy de tarde en tarde...

Pero para llegar a esos momentos, a decidir aquella extraña llamada telefónica, la discusión entre aquellas paredes acolchadas y a prueba de ruidos había sido larga, tensa, difícil.

Porque los estirados políticos, los altivos militares y los flemáticos jefes de alguno de los más secretos organismos de la nación no podían aceptar sin encrespase, que la suerte, quizá la suerte del mundo, fuera puesta en manos de un hombre solo.

El hombre viejo y elegante había dicho:

—Johnny Wagner no es un hombre solo, señores. Vale por un regimiento.

—Valía.

—¿Cómo? —exclamó, mirando fijamente al que le había interpelado.

Y éste añadió:

—Digo que valía, porque según usted acaba de admitir, hace más de un año que está fuera de actividad, entregado a una vida de placer y tranquilidad, en compañía de esa dama que estuvo a punto de mandarlo al cementerio. Yo también tengo a mis órdenes agentes secretos, hombres adiestrados perfectamente. La CIA no es un organismo de aficionados, y usted lo sabe. Pero sé por experiencia que esos hombres, cuando abandonan su actividad, pierden irremediablemente sus extraordinarias facultades.

—Bien, no sé cómo estará mi hombre en la actualidad. Pero sí sé que este asunto debe resolverlo un tipo solo. Un tipo que sea capaz de matar antes de formular pregunta alguna, porque si pierde el

tiempo en preguntar le matarán a él. Y eso, señores, no puede llevarlo a cabo un individuo cualquiera.

—Cualquiera de...

—No —le atajó—. Cualquiera de sus hombres está adiestrado, de acuerdo. Pero su mentalidad no es la adecuada. No basta con adiestrar la habilidad de un hombre. Hay que moldear también su mente o no podrá sobrevivir en un asunto como éste.

Uno de los militares de alta graduación adujo:

—Usted está hablando de un asesino, amigo mío.

—Sí.

Hubo un murmullo de protesta. El hombre viejo sonrió sin humor.

—¿Creen que a mí me entusiasma la idea de «fabricar» un asesino? Es algo incalificable, aunque sus misiones sean para salvaguardar la paz del mundo en general y de nuestro país en particular. Pero es una tarea que alguien debe llevar a cabo, y yo la acepté. Bien, ese hombre es el ejemplar más extraordinario que conocí jamás. Voy a llamarle, a menos que se me ordene lo contrario, en cuyo caso dejaré la responsabilidad en manos de cualquiera de ustedes. ¿De acuerdo, señores?

Un hombre con entorchados de general rezongó:

—Es algo francamente lamentable... Es como poner nuestro honor nacional en manos de un asesino...

—Le sugiero, general, que no repita eso en presencia de Wagner. Nada ni nadie podría salvarle.

—Ahí tiene. Usted reconoce que ese tipo me mataría sin parpadear sólo por llamarle lo que en realidad es.

—Está usted en un error. Yo entrené a Johnny Wagner convirtiéndole en lo que es... o en lo que fue en sus buenos tiempos. Pero les garantizo que sin él, sin su implacable manera de luchar, ahora, en la actualidad, el mundo estaría hundido en el caos porque evitó el mayor cataclismo de la historia.

—¿Cómo?

—A costa de sangre..., de la suya particularmente. Pero lo evitó, triunfando allí donde los organismos de seguridad de la nación habían fracasado. ¿Alguna otra objeción?

No la hubo.

Y él descolgó el teléfono y llamó a Johnny Wagner.

—¡Está usted completamente loco! —tronó Johnny, estupefacto.

—¿Por qué?

La voz del hombre viejo era calmosa y fría, como siempre.

—Llevo un año fuera de circulación. Estoy desentrenado..., y lo que es más importante, no me siento capaz de repetir pasadas experiencias.

—Tendrá que hacerlo, Johnny.

—¡No, condenación! Me retiré. Definitivamente. No debería costarle tanto entender eso.

—Lo único que entiendo es que de usted depende quizá el evitar una catástrofe.

—¡Maldita sea! Tienen hombres a montones para esa clase de trabajos. La CIA, por ejemplo, o los agentes especiales del FBI agregados al contraespionaje... Cualquiera de ellos puede hacerlo.

—No.

—Dígame por qué no.

—Porque la situación es endiabladamente difícil. Incluso internacionalmente estamos siendo blanco de furiosas andanadas en todas la prensa. Están despotricando contra la CIA en primer lugar.

—Con mucha razón —le atajó Johnny con voz tensa.

—Admitido. Habían llegado a un límite que nadie puede rebasar y ellos lo hicieron. Está bien, eso queda fuera de nuestra esfera. Si un agente de la Central Intelligence Agency es identificado en este asunto, nos hundirán sin pestañear. ¿Lo entiende?

—Maldito si me importa. Además, yo tengo suficientes problemas personales en estos momentos para ocuparme de otras cosas.

—¿Qué problemas?

—Jannina.

El viejo parpadeó.

—Tenía entendido que las cosas entre ustedes dos iban magníficamente...

—Y así es. Pero ha sucedido algo que lo complica todo.

—¿Qué es ello, si no le importa decírmelo?

—Jannina ha desaparecido.

Las blancas cejas del hombre viejo saltaron hacia arriba.

—¿Desaparecido? —preguntó, estupefacto—. Apenas si puedo creerlo.

Johnny le contó brevemente lo sucedido. Luego, añadió:

—Quiero encontrarla. Necesito encontrarla, señor, porque ella, para mí, es más importante que todo ese mundo podrido del que usted me habla.

—Entiendo... No obstante, insisto, Johnny. Dedíquese a ese trabajo que le pido y yo me ocuparé de localizar a Jannina.

—¿Usted?

—Bueno, dedicaré algunos hombres de otras agencias a buscarla. —Alguien debe haberse vuelto loco...

—¿Eso parece? No, Johnny; se trata simplemente de que el caso es terriblemente urgente, eso es todo.

Johnny Wagner se echó atrás en la butaca, encendió un cigarrillo y miró al otro recto a los ojos.

—Demuéstrelo —gruñó de pronto.

—¿Cómo?

—Demuéstreme cuán importante es.

El viejo suspiró.

—Es fácil, Johnny. Imagino que ha oído hablar de esos catorce mil cohetes de gas altamente venenoso almacenados por el ejército...

—Y que deben ser destruidos, enterrados en el mar. Todo el mundo ha leído esas noticias.

—Justamente. Esos artefactos contienen un gas terrible. Ataca los nervios de todo ser vivo, matándolo en menos de cinco segundos. Bueno, todo ese cargamento de cohetes tiene una antigüedad de más de diez años, lo que los convierte en algo sumamente peligroso por cuanto los procesos químicos, estancados hasta ahora, neutros, pueden determinar una reacción que los haga estallar.

—Ya veo. Siga.

—Bueno, se pensó hundirlos en el océano, dentro de indestructibles cajas de acero forradas de hormigón armado. Se pensó en una primera experiencia de dos mil quinientos cohetes. El cargamento completo de un buque.

—¿Y...?

—Se cargaron al bordo del *Blue Star*. La tripulación fue

sustituida por personal de la Armada, incluidos los oficiales. Y embarcaron también algunos de los científicos de los laboratorios militares, y el buque se hizo a la mar.

—¿Y bien?

—Todo se realizó en el más absoluto secreto. Incluso los bloques de hormigón armado conteniendo las cajas con los cohetes, fueron camuflados con recubrimiento de madera igual que cajas de maquinaria agrícola, exactamente iguales a las que se cargan habitualmente en el muelle.

—¿Dónde estaba la dificultad?

El hombre viejo hizo una larga pausa. Suspiró.

Al fin dijo, con voz neutra:

—Alguien se ha apoderado del cargamento, Johnny.

—¿Qué?

—Detuvieron el buque. Un submarino, ¿entiende? La tripulación fue asesinada en cuestión de minutos y otra la sustituyó. Nadie sabe adónde ha sido llevado ahora.

—Ya veo...

—Celebro que lo entienda.

—Lo que me gustaría entender, es cómo infiernos se le ocurrió que yo podría dar con ese buque, o con el cargamento robado.

—No pretendo tal cosa, Johnny.

—Entonces, todavía lo entiendo menos.

—Verá..., esa operación es muy extraña. Nadie roba un cargamento como ése sin una razón muy definida. Cualquier otra potencia... Pero eso está descartado. Debe tratarse de una organización privada.

—¿Con objeto de vender los cohetes al mejor postor?

—Ahora se aproxima a la realidad.

—Absurdo. Cualquier Gobierno sabría que han sido robados..., que son extremadamente peligrosos porque pueden estallar por reacción espontánea de un momento a otro...

—¿No ha leído los periódicos estos últimos días, Johnny?

—Algunos solamente. Y le confieso que me interesé por las noticias deportivas casi exclusivamente.

—Lástima. Si hubiese prestado más atención, hubiera visto que se han producido fulminantes golpes de estado en distintos países de Africa y América.

—¿Y qué? Eso es como el sarampión para estas naciones.

—De acuerdo, pero hasta ahora eran golpes sin sangre la mayoría de las veces. Una especie de relevo, usted ya entiende lo que quiero decir. En cambio, ahora se han caracterizado todos ellos por una extraordinaria ferocidad..., lo que me hace pensar que obedecen a un patrón común, y están tan seguros de su impunidad después de la salvaje matanza que les importa un comino la opinión del resto del mundo. Y esa seguridad sólo pueden basarla en la fuerza...

—No los tenían cuando desencadenaron las matanzas, Pero sí tenían entonces la seguridad de obtenerlos.

—Concretamente, señor. ¿Qué esperaba de mí?

—«Espero» de usted que descubra a los que planearon ese golpe contra el carguero.

Los descubra... y los elimine sin escándalo.

Johnny sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No estoy en forma, señor. Usted debería saberlo.

—Usted es algo más que un ciudadano normal y corriente. Usted lo hará, Johnny, porque si fallamos y esos cohetes estallan, el mundo estará al borde de su destrucción masiva.

—Eso es una contradicción. Aunque yo liquide a los que organizaron el asalto al buque, eso no hará que los cohetes sean recuperados.

—Pero nos acercará mucho a la meta, muchacho. Usted descubrirá quién los tiene en la actualidad. Si no los han entregado todavía a los Gobiernos respectivos, deben estar almacenados en algún lugar secreto. Averíguelo si puede. Y si han sido entregados...

—¿Entonces, qué?

—Habrá que iniciar una acción internacional contra esos países..., aunque sea a sangre y fuego. Pero es algo que no podemos hacer nosotros solos, por lo que sería muy importante que pudiera usted localizar el paradero de los dos mil quinientos ingenios de muerte, Johnny.

—Le repito que...

—Eso no sirve ahora. Puede usted adiestrarse nuevamente si lo cree oportuno. Lo malo es que no disponemos de tiempo para hacerlo a fondo... En cuanto a Jannina, nosotros la buscaremos, no se preocupe. Le informaré tan pronto tenga la menor noticia al

respecto.

Johnny titubeó.

—¿Y si fracaso?

—¡No puede fracasar!

—Dígame todo lo que sepa de este asunto.

El viejo dejó escapar un suspiro de alivio.

—Sabía que podía contar con usted.

—No estoy decidido aún.

—Bueno, pero se decidirá. Le conozco bien, muchacho. En fin, al grano. Desde el principio partimos de la base de que hubo un traidor en alguna parte, alguien que reveló los secretos del embarque, el nombre del buque y las fechas aproximadas en que se efectuaría la carga...

—¿Y pudieron identificarlo?

—No fue muy difícil después de todo. Simple cuestión de eliminación. Así llegamos hasta cierto oficial llamado Sheen. Sin duda él fue quien reveló los secretos a alguien.

—¿Le interrogaron ya?

—No fue posible. Lo mataron la misma noche en que el *Blue Star* se hizo a la mar.

—Ya veo...

—Por supuesto, hemos realizado una investigación exhaustiva alrededor de Sheen... No hemos sacado mucho de ella, no crea. Era un tipo bastante retraído, sin familia, apenas con algún que otro amigo superficial..., y una amiguita que se llama Carol Davarian.

—¿Algo respecto a ella?

—Hasta ahora, nada. Se entrevistaban un par de veces cada semana, por las tardes, después que él abandonaba las oficinas. Es modelo y, al parecer, no tiene nada que ver con lo que nos ocupa.

—Eso lo decidiré cuando haya hablado con ella.

—¿Quiere decir que acepta usted, Johnny?

—¿Me queda alguna otra alternativa? Pero confío en que hará usted todo lo que esté en su mano para localizar a Jannina, señor.

—Cuente con ello.

—¿Dónde vive esa dama?

—Excelsior, nueve, siete dos.

—De acuerdo. Empezaré por ella.

Se levantó. Su estatura pareció agigantarse ante el hombre

sentado frente a él.

—Buena suerte, Johnny. Ya sabe lo que depende de usted.

Asintió con un gesto y se dirigió a la puerta. Unos instantes después había desaparecido.

El hombre viejo de cabellos como la nieve, recostándose contra el respaldo del sillón que ocupaba, suspiró. Ahora, el asunto ya no dependía de él...

Después de todo, era una gran suerte poder contar con un individuo como Johnny Wagner, sobre el que descargar la tremenda responsabilidad de aquel drama.

Por algo, en otro tiempo, Johnny Wagner había ganado a pulso el estremecedor apodo de el Exterminador...

CAPÍTULO III

Se detuvo ante la puerta y examinó el pasillo. Era corto y sólo había dos puertas más en él, aparte de la que buscaba. En su fuero interno deseó que ambos apartamentos estuvieran desocupados o vacíos, por si había escándalo en aquella entrevista.

Llamó con los nudillos.

No acudió nadie.

Entonces descubrió el diminuto pulsador de un timbre eléctrico y lo apretó. Dentro sonó un armonioso campanilleo.

El carrillón fue el único sonido que captó.

Evidentemente, la dama estaba ausente.

Johnny refunfuñó por lo bajo. Luego, empezó a manipular en la cerradura, y en pocos minutos había abierto la puerta. Después de todo, reflexionó, no estaba tan desentrenado como creyera.

Entró y cerró a sus espaldas.

El apartamento era extremadamente elegante y cómodo. Se adivinaba la impronta femenina en la mayoría de sus detalles y en su exquisita decoración.

Un buen lugar para vivir.

Se internó, orientándose.

Se detuvo en el umbral de un cuarto de baño tan elegante como el resto del piso.

Evidentemente, también era un buen lugar para morir.

La mujer estaba tendida en la bañera. El agua que llenaba ésta tenía un leve tinte rosado, en el que el bronceado cuerpo femenino resaltaba igual que una joya en un estuche esmeralda...

La sangre había teñido el agua.

Johnny suspiró, disgustado.

Aproximándose, agarró los largos cabellos de la mujer y tiró de

ellos, sacándola del fondo de la bañera. Vio que tenía varias heridas de arma blanca, algunas en los lugares más increíbles, y volvió a dejarla que se sumergiera dulcemente.

Irguiéndose, encendió un cigarrillo y aspiró el humo hasta sentirlo en lo más profundo de sus pulmones. La visión del cadáver de una mujer tan hermosa como aquella apenas le alteró, demostrándole una vez más que sus reacciones, a pesar del tiempo, no estaban del todo atrofiadas.

Podía conservar la calma y la capacidad analítica, incluso ante una visión tan sangrienta como la que estaba contemplando.

—Recibiste un mal pago por tus servicios, preciosa —monologó en voz alta.

Retrocedió. Todo el apartamento estaba en orden. No se había producido lucha en él, lo que indicaba que el asesino había sido admitido de buen grado. Y que había podido sorprender a la muchacha sin que ésta sospechara nada.

Eso le llevó a otra conclusión; el asesino debía haberla atado a alguna silla para torturarla. Luego, tal vez inconsciente a causa del dolor y el pánico, la había introducido en la bañera...

Punto final.

Johnny inició un meticuloso registro. Pulgada a pulgada, empezó a revisar todo el piso con la esperanza de que ella hubiera cometido alguna indiscreción relacionada con sus escarceos con el oficial de información llamado Sheen.

En la sala no encontró nada. Tampoco la cocina le ofreció oportunidad alguna.

En el dormitorio todo fue muy distinto.

Allí encontró al asesino.

Y casi encontró también la muerte.

Abrió la puerta y entró. Apenas había dado dos pasos cuando el cuerpo cayó sobre su espalda y una mano armada de un largo puñal se elevó pronto a descargar el golpe definitivo.

Johnny se retorció salvajemente. Logró aferrar aquella mano al par que se impulsaba hacia atrás. Los dos rodaron por el suelo, sin que soltara su presa. Retorció la, muñeca sin preocuparse de los repetidos golpes que el otro le descargaba con la izquierda. Siguió retorciéndola brutalmente, y al fin dio un salvaje tirón hacia abajo.

Sonó un seco chasquido y un alarido, todo a un tiempo. La

muñeca se astilló como una caña. El cuchillo cayó al suelo con metálico tintineo, y Johnny le soltó entonces, rodando sobre sí mismo y levantándose de un salto.

Entonces pudo ver a su enemigo. Era un individuo joven, bien vestido, aunque en sus ropas aparecían algunas oscuras manchas de sangre. Su rostro, ahora contraído por el dolor, era una máscara llena de odio.

—De modo que tú eres el artista que hizo el trabajo de cuchillo, compañero —rezongó Johnny.

Avanzó pausadamente, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. El otro retrocedió, tratando de sostenerse su mano derecha con la izquierda.

—Es inútil que retrocedas..., no podrás filtrarte por la pared que tienes a tu espalda —le advirtió con mordacidad.

El otro se detuvo al sentir el muro en la espalda. Olvidó momentáneamente su muñeca astillada y hundió la izquierda con dificultad en el bolsillo derecho de la americana.

Johnny enseñó los dientes en una mueca. Saltó y cayó sobre él utilizando los dos puños como pistones de una máquina de vapor.

A cada impacto, el otro rugía. Su rostro se deshizo en medio de un surtidor de sangre. Para cuando pudo extraer la mano del bolsillo, empuñando un corto revólver, ni siquiera podía ver. Su mano cayó a un lado y el arma escapó de sus dedos sin fuerza.

Cayó de rodillas. Un salvaje puntapié le levantó en vilo, rebotó contra la pared y cayó de bruces, retorciéndose y gimiendo, cegado, tumefacto, casi inconsciente.

Johnny gruñó:

—Eso no es más que el principio, camarada. ¿Quién te ordenó matar a la chica?

No obtuvo respuesta.

Tomó impulso y disparó el pie contra las costillas del individuo.

Éste trató de gritar y sólo emitió un ronco estertor. La punta del zapato le había roto, por lo menos, dos o tres costillas, y eso no contribuyó a despejarle precisamente.

—¿Quién, matarife?

—No... no lo sé...

—Si eso es cierto, va a ser muy malo para ti, porque yo quiero respuestas.

Sacudió la cabeza, lloriqueando, medio loco de tanto dolor.

Johnny se envolvió la mano con un pañuelo y recogió el largo cuchillo, cuya hoja colocó ante los aterrorizados ojos del asesino.

—¿Lo ves? —indagó—. ¡Responde! ¿Puedes ver el cuchillo?

—Sí...

—Voy a despellejarte vivo si no hablas.

—¡No sé... quién...!

—Tú lo has querido.

El hombre apretó las mandíbulas. Entre sus dientes sonó un tenue chasquido, como de algo muy frágil que se rompe...

Demasiado tarde, Johnny comprendió y se lanzó sobre él, tratando de abrirle las apretadas quijadas.

Demasiado tarde.

El fulminante veneno había realizado su cometido y el hombre estaba muerto.

—Bueno, después de todo no hablaste, ¿eh? —rezongó.

Le registró. No llevaba más que polvo en los bolsillos.

Desentendiéndose del asesino muerto, Johnny prosiguió el registro del dormitorio. Fue un total fracaso. O la muchacha había sido en extremo precavida, o, en realidad, jamás había tenido en su poder nada comprometedor.

Regresó al dormitorio y dio un vistazo al cadáver. No le gustó y maldijo entre dientes.

Se disponía a salir del dormitorio cuando una voz ordenó, tras él:

—¡Coloque las manos sobre su cabeza y no se mueva! Hay una pistola apuntándole. Quedó rígido, estupefacto, porque era la voz de una mujer la que había sonado cantarínamente a pesar de la amenaza.

—¡Vamos, haga lo que le dije!

Poco a poco, elevó las manos y las colocó unidas sobre su cabellera, negra y encrespada. Entonces, se volvió con lentitud.

Ella gritó:

—¡No se mueva!

—Tonterías. Necesito verte, primor...

Valía la pena verla.

Era de estatura mediana, cuerpo proporcionado y prieto, en el que destacaban los descarados senos, apenas apresados por una

blusa de un tejido etéreo casi invisible.

Sus ojos tenían extrañas tonalidades violeta y chispeaban peligrosamente. Nariz graciosa, un poco respingona, y una boca de labios turgentes y jugosos como una fruta en sazón.

Realmente, valía la pena mirarla.

Johnny esbozó una sonrisa y dejó resbalar sus ojos por encima de la sugestiva anatomía de la muchacha.

Apenas si prestó atención a la pistola automática de pequeño calibre que empuñaba.

—¿De dónde Ínfenos has salido, encanto?

—Retroceda.

Ella avanzó los pasos que él cedió. Al asomarse a la puerta, los bellos ojos tropezaron con el cadáver del asesino y no pudo contener un escalofrío.

—Por lo visto, ha estado usted muy ocupado —masculló la chica.

—Pues todavía no sabes el resto... Echa un vistazo por aquella puerta, nena, y podrás decir que ya lo has visto todo.

—Y entretanto, usted me saltará encima o tratará de escapar.

—Lo creas o no, no pienso largarme todavía. Me subyuga tu personalidad. Pienso que tú y yo debemos conocernos mejor.

—Opino que está usted loco. Colóquese junto a la pared. Y no crea ni por un instante que no seré capaz de matarle si hace el menor gesto agresivo.

—Estoy seguro que dispararías.

Se apoyó en la pared, estudiando a la muchacha con ojo experto.

Ella retrocedió para acercarse a la puerta del baño. Johnny esbozó una mueca al imaginar el brinco que daría cuando viera el otro cuerpo ensangrentado...

Pero la intrusa no gritó. Tan sólo dejó escapar con violencia el aire retenido en sus pulmones y luego giró sobre sus pies, amenazándolo nuevamente.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó con voz tensa—. ¿Por qué tenía usted que matarla, y de ese modo tan feroz...?

—Ahí es donde te equivocas, princesa. El autor de ese trabajito de cuchillo es el camarada que viste en el dormitorio hablando con el diablo. Yo llegué cuando la fiesta había terminado.

—Eso es lo que usted dice.

—Justo, es lo que yo digo. Y como no hay más testigos capaces de dejarme por mentiroso, habrás de aceptar mi versión oficial de los hechos.

Ella titubeó.

Johnny la contempló con placer, como si en lugar de tener una pistola apuntándole al estómago se encontrase en una reunión social.

Evidentemente, la muchacha estaba desconcertada.

El dijo:

—Si fueses una ciudadana consciente de tus deberes cívicos, ahora llamarías a la policía, nena.

—Quizá lo haga.

—Apuesto a que no te atreves.

—¿Por qué no? Tú eres un asesino.

—Con ligeros matices, por supuesto. Ahora, quisiera saber quién demonios eres tú, sólo para saber cómo he de llamarte.

—Eso no importa ahora.

—Bien, tú tienes la pistola, por lo tanto, te corresponde la iniciativa. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Lo malo es que no lo sé. ¿Cuál es tu nombre? Y quiero la verdad.

—Johnny para ti. Johnny Wagner.

Inició un movimiento para bajar las manos de tan incómoda postura. Ella exclamó:

—¡No bajes las manos o disparo!

La pistolita se estremeció entre sus dedos.

El suspiró.

—En este caso, decide pronto. Esta actitud es endiabladamente incómoda.

—Te sentirías más incómodo todavía con un par de balas en la barriga.

—Seguro.

—Acércate a la mesa, vuélvete de espaldas y saca todo lo que lles en los bolsillos. Pero con mucho cuidado, Wagner, o no lo contarás.

—Okey, te advierto que he de sacar una pistola también. No te pongas nerviosa al verla creyendo que voy a utilizarla...

—Sólo con que trates de volverte hacia mí antes de ordenártelo,

estarás muerto.

—Una dama decidida, ¿eh?

Pero hizo cuanto ella le había ordenado. En medio de sus pertenencias personales, la potente «Magnum» destacaba por méritos propios.

—Ahora, regresa junto a la pared.

También obedeció. La vio cómo examinaba sus documentos personales.

Sonrió, burlón.

Eran perfectamente anodinos.

Cuando terminó, su perplejidad había aumentado.

—¿Qué tenías que ver con la mujer muerta? —le espetó al fin la joven.

—¿Y tú?

Balanceó la pistola.

—Yo hago las preguntas. ¿Sí?

—Bueno.

—Te hice una antes.

—No hay respuesta. Nunca la había visto. Sólo quería hablarle.

—¿De qué?

—¿Tú qué crees?

—¡Responde!

—De esto y aquello..., tenía ciertas esperanzas, ¿comprendes?

Una oleada de ira desbordó de los exóticos y bellos ojos de la muchacha.

Johnny esbozó una sonrisa que acabó de exasperarla.

Tras unos instantes habló con voz poco segura:

—Te crees muy inteligente, ¿no es cierto? Estás seguro que no llamaré a la policía..., pero te aseguro que eso no va a significar ninguna ventaja para ti.

—Dime por qué, primor.

—Porque voy a llamar a otra gente mucho más rudos que los policías.

Se acercó al teléfono. Johnny frunció el ceño, porque no había contado con esta posibilidad. Tal vez se había equivocado al juzgar a la muchacha.

Sin dejar de amenazarle con la pistola, ella descolgó el auricular con la mano izquierda, dejándolo sobre la mesita. Después, marcó

un número, volvió a tomar el aparato y se lo llevó al oído.

Aquél fue el momento elegido por Johnny. Saltó de costado y moviéndose con la velocidad del rayo se zambulló en dirección a la muchacha.

Ésta disparó. La pequeña pistola semejó toser y la bala se incrustó en la pared, justo donde Johnny estaba... unos instantes antes.

Todavía consiguió efectuar otro disparo antes que él se estrellara contra su costado, derribándola de espaldas.

La pistola escapó de sus dedos con el impacto. Después, se encontró apresada por unos brazos como cepos de hierro, inmovilizada, el rostro a una pulgada de la cara de él, que reía entre dientes.

—Tranquila, gatita..., no tienes escapatoria...

—¡Maldito si...!

Forcejeó desesperadamente.

Hubiera sido lo mismo tratar de librarse de los tentáculos de un pulpo gigante.

Al fin, quedó quieta, indefensa dentro de la férrea presa. Y entonces, siempre riéndose con inmensa burla, él la besó.

No fue un beso pasional ni nada por el estilo. No podía existir pasión alguna entre los dos.

Más bien, por parte de Johnny, fue un intento de humillarla más todavía, desmoralizándola.

Pero si eso pensó en un principio, pronto cambió de opinión. La boca de la muchacha ardía y su fuego estuvo a punto de hacerle vacilar.

Cuando la soltó, apartándose para mirarla recto a los ojos, ella jadeaba, y su mirada era un volcán de ira.

—¿A quién ibas a llamar? —Le espetó con ironía.

—¡Perro!

—Sí, bueno, pero la situación ha cambiado, ¿no crees? Ahora soy yo quien hace las preguntas.

De pronto, las voces que sonaban en el exterior le recordaron los dos disparos, aunque efectuados con un arma de tan pequeño calibre, debían haberse oído fuera del apartamento.

—Creo que vamos a vernos metidos en un lío, nena...

Recogió apresuradamente todas sus pertenencias de la mesa.

Luego, cogió la pistola de la muchacha valiéndose del pañuelo para envolverla, y señalando la puerta indicó:

—Si no quieres tener dificultades con los polizontes, mejor será que te largues de aquí, primor. Volveremos a vemos tú y yo.

—Puedes apostar a que sí..., y entonces dispararé primero y preguntaré después.

—No creo que fueras capaz...

Abrió la puerta y desapareció.

Reaccionando, la muchacha corrió tras él. Un grupo de estupefactos vecinos la miraron como si fuera un habitante de otro planeta, pero nadie intentó cerrarle el paso.

Cuando llegó a la calle, las sirenas de la policía sonaban ya muy próximas.

Dominando su nerviosismo, se alejó sin demostrar agitación ni excesivas prisas.

En sus labios, de modo sorprendente, todavía sentía el turbador contacto de la boca del hombre que acababa de vencerla...

CAPÍTULO IV

Era más de medianoche cuando el hombre de cabellos blancos apareció en el lugar de la cita.

Sentándose al lado de Johnny suspiró:

—La identificamos, Johnny.

—¿Por medio de las huellas?

—Justamente. Las huellas dactilares de esta pistolita fueron de gran utilidad, aunque nos sirvan de bien poco.

—¿Por qué?

—Esa mujer se llama Ursula Kyle y trabaja para el Nsc.

—Imaginé algo por el estilo juzgando por su comportamiento. Me pregunto cuántas interferencias más surgirán antes de terminar con este embrollo.

—Me ocuparé de que sean las mínimas posibles.

—Sé que lo intentará, por lo menos. Ahora, hábleme de sus averiguaciones respecto a Jannina.

—Bueno, es pronto todavía para obtener resultados. Tengo a cinco hombres buscando su pista. Cinco expertos en esta clase de rastreos, Johnny.

—Confío en usted, señor.

El pequeño y destartalado despacho conservó el silencio que cayó sobre los dos hombres, hasta que el chillón timbre del teléfono lo rompió.

El viejo tomó el auricular. Una voz de hombre crepitó en su oído, y llegó, confusa, hasta donde Johnny apuraba un cigarrillo.

El viejo respondió con monosílabos. Luego, colgó, y al volver a enfrentarse con Johnny, éste descubrió la perpleja expresión de su rostro.

—¿Malas noticias, señor?

—No son buenas, por lo menos.

—¿Es algo de lo que yo deba estar enterado, o puedo largarme de aquí?

—Le ataño a usted, Johnny... Uno de los hombres que destiné a buscar a Jannina ha sido hallado esta noche, inconsciente, en una callejuela. Le habían golpeado hasta dejarle sin sentido.

—¿Y era uno de los que buscan a Jannina?

—Sí, Johnny.

—No lo comprendo...

—Habrà que esperar a que recobre el conocimiento para interrogarle. Tan pronto lo haya hecho le informaré, muchacho.

—Està bien, aguardaré. Pero le aseguro que cada vez me gusta menos todo esto.

—Serà mejor que trate de descansar esta noche. Tiene usted mal aspecto.

—Olvídese de mi aspecto. ¿Quién era el individuo que asesinó a Carol Davarian?

—Un hampón sin importancia. Seguramente le pagaron para ese trabajo.

—No lo creeré en mil años. Un hampón sin importancia como usted dice, no lleva una cápsula de cianuro en el paladar, ni tiene el valor suficiente para romperla y morir..., si no es por una causa muy importante. Y el tipo lo hizo, señor.

El viejo cabeceó. No cabía duda que estaba preocupado.

Entre dientes masculló:

—Es un asunto endiablado. Existen interferencias por todas partes, complicaciones absurdas... y, además, ha habido Una escandalosa ineptitud.

—¿A qué se refiere?

—A esa chica muerta... Los hombres que se ocuparon de investigar en torno a ella no pudieron descubrir nada sospechoso. Y, sin embargo, su muerte nos revela que sí estaba mezclada con Sheen en su traición, de lo contrario, no habrían pensado jamás en matarla.

—Tal vez tenga usted razón. De cualquier modo, ya es demasiado tarde para lamentarse.

—No me lamento, aunque Dios sabe que tengo motivos para hacerlo. Muerta esa chica, ¿le queda a usted alguna pista válida?

Johnny sacudió la cabeza.

—Ninguna —dijo—. Ellos, sean quienes sean, han sabido eliminar todos los posibles eslabones de la cadena que podían haberme conducido por el buen camino.

—Eso mismo pensé desde que supe lo que había sucedido. Me pregunto...

—¿Sí, señor?

—Nada —gruñó—. Es algo absurdo y que usted no comprendería. Descanse esta noche... o lo que queda de esta noche, Johnny. Un hombre agotado es solamente medio hombre en esta clase de trabajo. Voy a destinar algunos efectivos a un trabajo de rutina alrededor de la mujer muerta. Le informaré por la mañana si hemos obtenido algún resultado.

Johnny esbozó un gesto de impaciencia.

—Detesto desperdiciar el tiempo cuando hay tanto por hacer...

—No hay nada que pueda usted hacer por el momento, excepto aumentar su tensión nerviosa, y eso no me conviene que suceda. Cuando llegue el momento de la acción necesito que esté usted en óptimas t condiciones, de modo que hará usted lo que le digo.

¿Conforme?

—Muy bien, como de costumbre es usted quien manda.

—Hay veces que preferiría que fuera otro —rezongó el viejo, levantándose.

Se despidieron con un apretón de manos. Johnny salió primero, alejándose por la acera, sumido en un caos de ideas contradictorias que no le llevaban a ninguna parte.

* * *

Se detuvo junto a la piscina, dejándose caer sentado en una tumbona. Encendió un cigarrillo y permaneció bajo las estrellas, fumando y pensando.

Tenía la sensación de ser una especie de juguete del destino, la víctima de un encadenamiento de circunstancias en que Jannina jugaba un importante papel.

Un papel marginal, tal vez, pero decisivo, por cuanto le torturaba la inquietud, impidiéndole dedicar la totalidad de su mente al problema que el viejo había colocado sobre sus hombros.

Apuró todo el cigarrillo. Luego, se levantó dirigiéndose a la casa, oscura y silenciosa. Se le antojó incluso triste e inhóspita sin la bella presencia de Jannina...

Introdujo la llave en la cerradura. Se quedó rígido al darse cuenta que la puerta estaba abierta.

¿Tal vez ella había regresado durante su ausencia?

El primer impulso le tentó a entrar precipitadamente y subir al dormitorio de la muchacha. Luego, el instinto de que estaba dotado y gracias al cual seguía vivo contra todas las posibilidades, le dictó prudencia.

Empuñó su pistola «Magnum» y se deslizó al interior tan silencioso como una pantera.

Cerró sin el menor ruido y escuchó con todos los sentidos alerta.

La planta baja estaba silenciosa. Ni el más leve rumor.

Subió las escaleras pisando como un gato. Al asomar los ojos al rellano superior, distinguió la fina línea de luz por debajo de una puerta.

La puerta de su propia habitación.

De nuevo, el ansia de abrazar a Jannina le empujó, y de nuevo supo contenerse.

En su habitación había luz. Muy bien.

Pero alguien se había tomado el trabajo de cerrar completamente la ventana del dormitorio, de lo contrario hubiera visto la iluminación desde el jardín.

Y Jannina no tenía por qué adoptar tantas precauciones si hubiese regresado...

Avanzó despacio, con la pistola lista para hacer fuego. Con la mano izquierda giró el tirador de la puerta tan lentamente que sus nervios comenzaron a tensarse más de la cuenta.

De pronto, abrió de un empujón y saltó al interior, moviéndose como una centella.

Se inmovilizó lleno de estupor.

La muchacha estaba tendida en su cama, dormía plácidamente, con su hermosa cabellera esparcida por la almohada.

La reconoció al instante y sus tensos nervios se relajaron.

Acercándose a ella, la sacudió sin mucha delicadeza. Ella parpadeó, incorporándose sobre un codo.

—Hola —musitó con voz soñolienta—. Has tardado mucho,

Johnny.

—¿Eso es cuanto se te ocurre para explicar tu presencia en mi cama?

—Oh, eso... Estaba rendida. Llevo dos noches sin pegar un ojo. La tentación fue demasiado fuerte.

—Pude cortarte el pescuezo siete veces sin que pudieras hacer nada por impedirlo.

—Sabía que no lo harías.

El suspiró, impaciente.

—Empiezas a convertirte en un dolor de cabeza, primor —rezongó de mal talante—. ¿Por qué querías hablarme con tanta urgencia, y lo que es más importante, cómo infiernos has descubierto mi dirección?

—¿Olvidas que revisé tus documentos? Tengo una retentiva de primera clase. Memorice todos los datos que me interesaban, eso es todo.

—Ya veo. Supongo que habrás averiguado también algunas otras cosas, como tratar de saber quién soy y cosas así.

—¿Dónde crees que he preguntado estas cosas?

—Tal vez en el National Security Council.

Ella sonrió.

—Imaginé que lo averiguarías cuando vi que te llevabas mi pistola. Es fácil sacar huellas dactilares.

—Otros lo hicieron por mí.

—¿Quiénes?

—Deberías saberlo si has hecho averiguaciones en torno a mí.

—Ahí es donde duele, querido... No he sacado mucho en limpio.

Al parecer, eres una especie de

play-boy

con unos misteriosos medios de vida que nadie sabe muy bien de dónde proceden...

—Quizá cobro una pensión del Gobierno. ¿No se te ocurrió investigar eso?

—Tonterías. Lo único que he sacado en limpio es que, de algún modo, estás trabajando en lo mismo que yo. Seguimos líneas paralelas, ¿entiendes?

—No mucho, sinceramente.

—Tú y yo perseguimos el mismo fin. Se me ocurrió que

trabajando juntos tendríamos mejores oportunidades de obtener el éxito. ¿Comprendes ahora?

—No es difícil entenderlo. Lo que todavía no me has dicho es lo que persigues en realidad.

Ella sacudió la cabeza, impaciente.

—Lo mismo que tú.

—Eso no me aclara nada. ¿Qué, concretamente?

—Estás portándote como un tonto, Johnny. Tú y yo tratamos de localizar el cargamento de cierto buque. Y ese mismo buque si es posible.

—Ahora has dicho algo inteligente.

—¿Conformes, entonces?

—Podemos probar, aunque maldito si creo en esta clase de colaboración. Por otro lado, siempre he trabajado solo.

De pronto descubrió que todavía empuñaba la pistola y la introdujo en su funda. Ella musitó:

—Tú acabas de entrar en este negocio, Johnny. Nosotros llevamos varios días trabajando, con la ayuda de ciertos elementos de la CIA, lo que quiere decir que quizá poseemos datos que tú desconoces.

El no pudo contener un sordo juramento.

—La CIA, el Consejo Nacional de Seguridad... ¿Quién demonios soy yo para no aceptarlo? Con un poco de suerte meterán hasta el ejército en el embrollo. Tal vez hagan las cosas bien y se dediquen a investigar provistos de banderas y bandas de música...

¡Malditos imbéciles! ¿Qué se creen que es esto?

—No pierdas los estribos, Johnny. Estamos haciendo un buen trabajo.

—¡Infiernos, un buen trabajo! Ahora comprendo por qué se han decidido a borrar todas las pistas a sangre y fuego. Se alarmaron ante semejante despliegue bélico.

—¿Qué quieres decir?

—Me intrigó desde el principio su manera de obrar. Eliminaron en un principio los eslabones más o menos débiles de la cadena. Pero ¿por qué esperar tantos días para matar a la amiga de Sheen? No podía encontrar una razón válida..., hasta ahora.

¡Condenación! Tú y tus camaradas de la CIA, actuando como una película de espionaje.

Me gustaría...

—No te dispares. La habrían eliminado de cualquier modo.

—No estoy tan seguro. De lo que sí lo estoy, es que si hay otros eslabones en alguna parte ahora serán también liquidados. ¡Estúpidos burócratas, malditos sean!

Se despojó de la chaqueta, que arrojó sobre una silla. Estaba furioso y no trataba de disimularlo. Estuvo tentado de llamar al viejo y renunciar a seguir con el asunto. Luego lo pensó mejor y fue a sentarse sobre el lecho, junto a la muchacha.

—¿Qué has averiguado hasta ahora? —preguntó, secamente.

—Mucho más de lo que imaginas. Sabemos dónde se reunían Carol Davarian y el oficial de información llamado Sheen. También me han comunicado el nombre de quien les presentó, hace apenas unos pocos meses... ¿Te parece que es importante?

Johnny sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Eso no sirve de nada. Estamos tratando con profesionales, agentes de una efectividad asombrosa y una ferocidad sin límites. Carol Davarian trabajaba para ellos, ¿lo has olvidado? Por consiguiente sabrán perfectamente dónde se reunía con su amante, de modo que habrán pasado el lugar por un tamiz desde un principio. ¿Qué demonios crees que encontrarías allí si pusieras el apartamento, o lo que sea, patas arriba? Polvo simplemente.

—Pero el hombre que les presentó...

—¿Está vivo?

—Sí, claro.

—Entonces no nos sirve de nada. Si realmente fuera importante le habrían liquidado también. Convéncete, nena; esa gente no descuida el menor detalle.

Obstinadamente, ella replicó:

—¡Pero son seres humanos igual que tú y yo, Johnny! Pueden cometer un error, ¿no es cierto?

—Lo dudo.

—En definitiva, ¿quieres trabajar conmigo o no, Johnny?

Él sonrió.

—Todo lo que quiero en estos momentos es dormir, querida..., de modo que te largas o compartes este palacio conmigo él resto de la noche. Quizá por la mañana me sienta más optimista, aunque lo dudo.

Ella no pudo contener un suspiro de impaciencia. Se disponía a replicar cuando el timbre del teléfono cortó su voz.

Johnny lo descolgó de un manotazo y ladró por el auricular:

—¡Wagner al habla!

—Escuche, y no pierda ni una sílaba porque no tengo tiempo de repetir nada.

—¿Qué diablos significa esto, quién es usted?

—Escuche solamente...

Era una voz extraña, metálica y seca. Johnny frunció el ceño.

—Okey— gruñó. —Adelante.

—Un nombre: Kumba Osinga. Esta noche, en Flours Paradise.

—¿Qué clase de rompecabezas es ése?

—Otro nombre —prosiguió la extraña voz—: Miguel Pinzón. Lugar, Red Bay, mañana a medianoche. Es todo.

—¡Escuche!

Le pareció escuchar un leve jadeo, como si el dueño de aquella voz hubiera dejado escapar el aire retenido en sus pulmones. Luego, la comunicación se cortó.

Poco a poco devolvió el auricular en su sitio y se irguió, perplejo y desconcertado.

—¿Quién era, Johnny?

Se volvió hacia la hermosa muchacha.

—Te juro que me gustaría mucho saberlo, muñeca.

Atrapó la chaqueta de un manotazo y se encaminó a la puerta del dormitorio.

—Te cedo el palacio por el resto de la noche, cariño. Yo tengo una cita.

—¡Eh, espera un minuto!

—No quiero más interferencias en este asunto, nena. Vuelve junto a tus disciplinados camaradas. Tal vez fuera bueno que les aconsejaras una temporada de descanso... Quizá hicieran un buen papel en un campeonato de *bridge*.

Salió y cerró de un portazo, bordeó la piscina y abrió la puerta del garaje. Úrsula le siguió al interior cada vez más furiosa.

—¡Johnny!

—Lo lamento, pero habrás de regresar a pie...

Saltó al asiento del coche, un soberbio «Lamborgini» de dos asientos, y el motor rugió al ponerse en marcha.

—¡Escúchame, Johnny!

El sacudió la cabeza. El coche arrancó bruscamente, obligando a la hermosa mujer a saltar a un lado. Johnny ya no oyó la sarta de insultos que le dirigió.

Condujo su bólido a una velocidad que hacía añicos todas las ordenanzas del tráfico.

Cuando vio una cabina telefónica pública acercó al coche a la acera y se encerró dentro.

Introdujo unas monedas y disco un número que nunca pudo olvidar.

La voz del hombre viejo vibró en su oído.

—Habla Wagner —dijo, impaciente—. ¿Puedo informar?

—¿Desde dónde llama?

—De un teléfono público.

—Ajá, muy bien, Johnny. ¿Qué ocurre?

—Primero: este maldito asunto está siendo aventado por demasiada gente. La CIA, el NSC, y quién sabe si también hay un comité del Congreso investigando por su cuenta. Aléjelos. Consiga que se estén quietos y dejen de interferir o les dejaré el asunto en sus manos. ¿Está claro, señor?

—Perfecto. Lo intentaré ahora mismo, aunque son organismos independientes. No puedo garantizarle que retiren sus agentes de este caso.

—Segundo punto, ¿cuánto tiempo tardará usted en averiguar la identidad de cierto individuo llamado Kumba Osinga?

Oyó una exclamación al otro extremo del hilo.

—Nada de tiempo. Sé quién es.

—¡Infiernos! Al fin hay algo que funciona como es debido. Le escucho.

—Realizamos una completa investigación en torno a las Embajadas de los países que sufrieron los sangrientos golpes de Estado de que ya le hablé. En la Embajada de Bolunga renovaron todo su personal. Un hombre llamado Kumba Osinga es el agregado de negocios de dicha Embajada.

Johnny no pudo contener un escalofrío.

—Creo que ahora tenemos algo sobre lo que clavar los dientes. Otro nombre, señor: Miguel Pinzón.

—Sirve lo mismo que acabo de decirle, sólo que Pinzón es el

consejero de Prensa. También en la Embajada de su país hubo una completa reorganización a raíz del levantamiento que derrocó a sangre y fuego al interior régimen.

—Perfecto, señor.

—Johnny...

—¿Sí?

—Sería muy conveniente que sea lo que sea que usted haga en este asunto, fuera hecho con extrema discreción...

—Comprendo. Trataré de complacerle siempre que no haya interferencias de otros departamentos, señor.

—Entiendo.

—¿Iría interrogado usted al tipo que dejaron inconsciente?

—No recobró el conocimiento todavía, Johnny. La verdad es que según los médicos está muy mal..., conmoción cerebral, además de heridas menores.

—¡Condenación! ¿Y los otros, qué diablos están haciendo?

—Le aseguro que hacen todo lo que pueden. Pero usted sabe que ésta es una labor lenta y paciente... Vuelvo a garantizarle que estamos quemando etapas con el fin de localizar a Jannina.

—Ojalá sea cierto, señor... Buenas noches.

—¿No quiere adelantarme qué se propone hacer, y cómo ha averiguado usted esos nombres?

—No dispongo de tiempo ahora. Por lo demás, quizá esos nombres sean una trampa para cazar lobos.

Colgó, regresando al coche.

En sus oídos seguía percibiendo el tono misterioso de una voz que producía escalofríos, metálica, extraña y, desde luego, desfigurada.

Para él, quizá fuera la voz de la misma muerte.

CAPÍTULO V

Flours Paradise era un complejo turístico enclavado en la costa, sobre un acantilado rocoso al pie del cual el mar estallaba en albas cortinas de espuma.

Grandes jardines rodeaban el edificio principal, donde había el bar y restaurante. Sobre el acantilado, una pista de baile al aire libre en la que una excelente orquesta desgranaba suaves melodías en esa hora tibia de la madrugada.

Johnny sabía que en el segundo edificio, también brillantemente iluminado, existían otra clase de diversiones más excitantes, como ruleta, dados y toda clase de juegos, de *chemin de fer* para abajo.

Se aproximó a los jardines bordeando el círculo de luz, recorriendo la larga serie de coches estacionados en la explanada de cemento cercana a la carretera.

No pudo ver ni uno con matrícula diplomática.

Cautelosamente, reconoció el terreno alrededor de la extensa propiedad. Realmente, era un pequeño paraíso lleno de flores.

No había ningún coche tampoco estacionado fuera del aparcamiento.

Se detuvo. Conocía bastante bien al propietario de todo aquello, y no ignoraba sus métodos. Sabía que mantenía guardianes encargados de evitar sorpresas desagradables y cortar los conatos de disturbios que cualquier individuo demasiado bebido pudiera provocar.

No deseaba tropezar con ellos. Por lo menos, no antes de tiempo.

Detrás del elegante pabellón en que estaban establecidos los juegos de azar descubrió al primero de esos vigilantes. Se paseaba lentamente, fumando, muy tranquilo. Estaban demasiado seguros,

pensó.

Fue a apostarse cerca del aparcamiento, desde donde podía vigilar al mismo tiempo la puerta principal.

Empleó el tiempo intentando desentrañar el misterio de aquella extraña comunicación. No tenía sentido, o si lo tenía escapaba a sus facultades de comprensión.

Tampoco resultaba claro que tras el exótico nombre del diplomático negro le hubiera indicado ese lugar público, siempre concurrido por una clientela selecta ansiosa de emociones...

Quince minutos más tarde, después de otros cuatro o cinco, vio llegar un soberbio «Lincoln» gris plomo, metalizado. Era un coche regio que fue a estacionarse al extremo más lejano de la explanada.

Johnny se deslizó por detrás de los autos aparcados. Vio abrirse las dos portezuelas delanteras del «Lincoln». Dos hombres se apearon de él. Uno de ellos llevaba una gran cartera de mano.

Ambos eran de raza negra.

Los vio hablar brevemente. Luego, el de la cartera se alejó y el otro volvió a sentarse ante el volante, donde encendió un cigarrillo.

Johnny estuvo siguiendo con la mirada los movimientos del que se acercaba a la esquina del edificio principal. Cuando la dobló, él echó a correr silenciosamente dando un rodeo.

Llegó a tiempo de ver al hombre de raza negra desaparecer por una pequeña puerta de servicio.

Esperó unos instantes y empujó la puerta.

Se encontró en un zaguán oscuro del que partía una estrecha escalera. Se disponía a subirla cuando sus entrenados reflejos captaron el peligro. Fue una sensación que disparó los resortes de alarma de su mente obligándole a saltar de costado alejándose de la puerta.

Algo emitió un lúgubre susurro cuando pasó muy cerca de su cuerpo. Luego, aquello golpeó la pared con un impacto metálico y cayó al suelo.

Un cuchillo.

Johnny encajó las mandíbulas y se agazapó en la oscuridad. Oyó el leve roce de unos pies. Después, el seco chasquido del seguro de una pistola al ser corrido.

No quería ruido si podía evitarlo. Se movió con suma lentitud hacia los primeros peldaños, hasta que tropezó con el inicio de la

barandilla. Desde allí dominaba todo el zaguán y la puerta, ante la que una sombra se movió justo en aquel instante.

Conteniendo el aliento, Johnny distendió las piernas como los muelles de una catapulta, de modo que voló materialmente en el aire cayendo sobre el pistolero con el empuje de una bala de cañón.

Hubo una sorda exclamación cuando ambos rodaron por el suelo. La pistola emitió un sordo chapoteo cuando disparó a ciegas. Johnny no pudo contener un gruñido de alivio al darse cuenta que el arma llevaba silenciador.

Descargó un mazazo contra la cabeza de su enemigo.

El gemido de éste fue casi agónico. No era lo mismo pelear con cuchillos y pistolas que con las manos desnudas.

Y la pistola desapareció de su puño cuando algo semejante al filo de un hacha se abatió salvajemente contra su muñeca.

Rugió de dolor, zafándose de la presa que le mantenía en el suelo.

Un golpe que surgió de la oscuridad casi le arrancó la cabeza.

Trató de gritar, pero cuando trataba de encontrar voz suficiente con que hacerlo, unas zarpas de acero se ciñeron en torno a su cuello.

El hombre pataleó y trató por todos los medios de librarse del mortífero dogal. Si hubiese tenido entonces el cuchillo...

Supo que lamentarse no iba a servirle de nada y ese convencimiento acabó de desmoralizarle.

Las garras apretaron más y más.

Cuando soltaron su presa, el pistolero había dejado de preocuparse definitivamente por nada de este mundo.

Johnny arrastró el pesado corpachón hasta más allá de la escalera.

Buscó la pistola del matón, le libró de los proyectiles y la dejó también junto al cuerpo.

Entonces subió rápidamente la escalera.

Arriba había varias puertas. Ningún rumor llegaba hasta allí gracias a las paredes a prueba de ruidos.

Con cautela abrió la puerta más cercana.

Un interior oscuro provisto de cama, mesillas y dos butacas. Todo refinado, con un suave perfume flotando en el ambiente.

Elegantes nidos de amor.

Cerró en silencio. Abrió tres puertas más, correspondientes todas ellas a habitaciones vacías. Tras la cuarta oyó el apagado rumor de unas voces.

Se irguió, empuñando la «Magnum».

Hizo girar el tirador lentamente, pero la puerta estaba cerrada por dentro.

Llamó con los nudillos sin estridencia y esperó.

Una voz queda inquirió desde el otro lado:

—¿Quién está ahí, qué ocurre?

—Hay unos agentes federales abajo, haciendo preguntas sobre el ocupante de un coche «Lincoln». El patrón los entretendrá el tiempo que ustedes necesiten para salir de aquí, pero apresúrense.

—¡Maldición! —rugió una voz.

Y no era la voz de un extranjero. Por un instante, Johnny temió haberse equivocado.

Entonces se abrió la puerta. Vio a un hombre corpulento, de raza blanca, y tras él al negro que ya viera abajo.

—Sin prisas ahora —dijo, hundiendo el cañón de la pistola en la barriga del primero—. Todo está tranquilo abajo.

—¿Quién es éste? —barbotó el negro, furioso.

—Maldito si lo sé... Ya lo oyó, ¿quién es usted, polizante?

—Eso sería demasiado bueno para ti.

Inesperadamente, Johnny descargó un tremendo golpe con el cañón de la pistola y el hombre blanco cayó de bruces sin una queja.

El negro le miró con los ojos desorbitados.

—Usted es Kumba Osinga —dijo Johnny—. ¿No es cierto?

—Así me llamo..., y poseo inmunidad diplomática. Nuestro embajador presentará una enérgica protesta que...

—Ahórrese el discurso —le atajó con voz helada—. Conmigo no le vale la inmunidad de ninguna clase. Deje esa cartera sobre la mesa.

Osinga dio un salto atrás.

—¡Ahora comprendo! Un sucio ladrón..., un ratero, ni más ni menos.

—Deje la cartera donde le dije, Rumba Osinga, o le mataré. Siento grandes tentaciones de hacerlo, de modo que no de usted la menor oportunidad.

—¡No podrá salirse con la suya!

—Usted entiende inglés, ¿sí? Lo habla perfectamente. Muy bien, le di una orden.

—¡Maldito si le permito...!

Johnny avanzó sin prisa. Volteó la pistola y la estrelló contra la brillante cara del negro.

La sangre comenzó a manar de ella.

El diplomático vio el monstruoso cañón prolongado por el silenciador a dos pulgadas de sus ojos.

Y la voz implacable del asaltante:

—¡La cartera, Osinga!

La llevaba en la mano. No comprendía por qué aquel loco no se la quitaba sin más, en lugar de ordenarle dejarla sobre la mesa.

Pero obedeció, rechinando los dientes.

—Ábrala.

Sacó una llavecita y abrió el gran portafolios.

—Ahora apártese de la mesa. Advierta que ni siquiera le he registrado, por lo que si lleva cualquier arma puede utilizarla cuando quiera..., si tiene agallas suficientes para ello.

El negro retrocedió. Johnny ocupó su puesto al lado de la mesa y dio un vistazo al contenido de la cartera.

Estaba repleta de fajos de billetes. Con la mano izquierda sacó uno de los fajos. Los billetes eran de quinientos dólares.

Silbó entre dientes.

—¿Cuánto hay aquí, Kumba Osinga?

—¡Cuéntalo!

—Más tarde en todo caso.

Cerró la cartera y dijo:

—Ahora, veamos si nos ponemos de acuerdo. O él o usted conocen el paradero de los cohetes de gas. Yo también quiero saberlo, de modo que adelante. No repetiré ni una pregunta. Por cada una que no responda le meteré un plomo en una pierna. ¿Dónde, Osinga?

—No lo sé. El debe saberlo.

—Usted no habría pagado esa fortuna sin tener la seguridad de que los cohetes llegarían a sus manos, si no han llegado ya.

—No lo sé.

Johnny apretó el gatillo. El silenciador emitió apenas un suave

chapoteo, pero el enorme proyectil astilló la rodilla del negro como si hubiera sido una simple caña.

Osinga empezó a gritar antes de rebotar contra el suelo. Johnny le descargó un feroz culatazo y sus lamentos se amortiguaron.

Esperó, impaciente. Dio un vistazo al otro individuo. Estaba en mangas de camisa y llevaba una funda axilar en la que asomaba un revólver que de poco le había servido.

Instintivamente, buscó con la mirada la chaqueta del individuo, pero no estaba a la vista. Le hubiera gustado ver sus documentos para enterarse de su identidad antes de empezar con él.

Entonces, Kumba Osinga dejó de gemir y quedó sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared.

La sangre brotaba por debajo de la pernera del pantalón extendiéndose a su alrededor. —Te hice una pregunta— gruñó Johnny.

—No conozco la respuesta..., pero aunque supiera dónde están esos cohetes, nunca lo revelaría. Ellos representan nuestro poderío, ¿entiendes, estúpido?

—Ya veo... Un fanático de una idea loca, eso es lo que eres.

El negro, dominando el dolor, se encogió de hombros.

—Lástima.

Entonces el otro empezó a rebullir. El Exterminador enseñó los dientes en una mueca.

—Veremos si él siente la misma lealtad hacia los que le pagan.

Le arrancó el revólver de la funda y luego le propinó un par de bofetadas para despejarle. No fue un tratamiento demasiado eficaz, pero unos minutos después el hombre abrió los ojos y gimió amargamente.

—Levántate, amigo. Vamos a divertirnos un poco tú y yo.

Desde su posición podía vigilarlos a los dos. Contempló como el rufián se arrastraba en busca de una butaca en la que sentarse. Desde allí le miró con todo el odio del infierno burbujeando en sus pupilas.

—El negro ignora el paradero de los cohetes —dijo Johnny, con calma—, de modo que vas a decírmelo tú. Si te fijas, verás que él ha empezado a recibir mi tratamiento personal contra los recalcitrantes. Puedo meterte nueve proyectiles en el cuerpo sin que ninguno de ellos te mate, así que piénsalo.

Los ojos desorbitados se clavaron en Osinga y en la sangre que se encharcaba en el suelo.

El negro barbotó:

—¡No hables haga lo que haga, Vernon!

—Sigue ese consejo y cuando te recojan habrán de hacerlo con una pala.

El pánico substituyó al odio en los ojos del pistolero.

—Me matará igual si le digo lo que quiere... —balbució.

—Quizá sí, o posiblemente no. De todos modos, morir de un balazo apenas se siente. Nueve ya son otra cosa.

—¿Qué garantías me ofrece si le digo lo que quiere saber? Garantías, y parte del dinero que hay en esa cartera... Necesito dinero para huir, o me matarían los otros.

—¿Y revelarás todo lo que sabes sobre el paradero de los cohetes?

—¿Tengo alguna otra alternativa?

—Mucho me temo que no.

—Está bien...

Kumba Osinga ladró un insulto en su idioma nativo. Luego añadió:

—Debí suponer que eran una pandilla de cobardes..., ambiciosos cobardes...

—¡Cierre la boca o...!

La mano del negro se movió entonces con una celeridad insospechada.

Apareció armada de una pequeña pistola que ladró una y otra vez, al tiempo que Johnny brincaba hacia atrás para escapar de los proyectiles.

Pero no iban dirigidos contra él, sino contra el indefenso pistolero, que giró como una peonza en el asiento y acabó deslizándose fuera de él hasta quedar acurrucado en el suelo igual que un muñeco.

Johnny oprimió el gatillo una sola vez. La cabeza de Kumba Osinga reventó y todo fue silencio.

Demasiado tarde, Johnny comprendió que aquello era precisamente lo que el negro había querido. Sacrificándose, su país sólo perdía el dinero, pero le quedaba la esperanza de que, mediante otro pago, los fatídicos cohetes de gas letal cayeran en sus

manos al fin.

Johnny retrocedió hacia la puerta y escuchó. La pistola de pequeño calibre no había alborotado a nadie fuera de aquel cuarto. Tomó la cartera y con ella en la mano salió, íntimamente disgustado consigo mismo.

CAPÍTULO VI

—Diez millones de dólares —rezongó Johnny, entre dientes.

—Sólo por algunos cohetes. No olvide que tienen varios «clientes» en potencia. Se proponen reunir una fortuna colosal —dijo su jefe, pensativo.

—De modo que mañana por la noche podemos presumir que otro mensajero llamado Miguel Pinzón hará entrega de una cantidad semejante...

—Seguramente. Y hay que evitar que escapen, ni vivos ni muertos. Los necesitamos en buenas condiciones, Johnny.

—No conseguiremos nada —dijo, entre dientes.

—¿Por qué no?

—Porque habrán escarmentado. O suspenderán el encuentro, o cambiarán el lugar, o, lo más probable, mandarán a alguien que no sepa siquiera de qué va la cosa...

—Eso sería muy malo para nosotros, amigo mío.

—No necesita decírmelo.

—Quizá esa generosa voz del teléfono le ayude una vez más.

Johnny trató de captar la burla de su jefe, pero fracasó. El hombre había hablado en serio.

—Ése es otro misterio. ¿Quién me informó tan oportunamente y por qué?

El viejo se encogió de hombros.

Sonó el teléfono.

—Quizá haya alguna noticia ahora —murmuró, descolgándolo.

Escuchó. Johnny le vio ponerse rígido. Luego, se echó atrás y colgó.

Durante más de un minuto no dijo una palabra.

—¿Y bien? —Le acució él.

—La cosa se ha complicado de modo muy peligroso, Johnny...

—¿Por qué?

—Alguien, después que usted se hubo marchado, asaltó el Flours Paradise..., hubo un tiroteo. La policía llegó a tiempo de recoger dos cadáveres. Luego, encontraron los dos que usted dejó arriba.

—Bueno, nada indica que este asalto esté relacionado con nuestro problema. Pudo tratarse de una pandilla de ladrones... Debe haber mucho dinero en la caja al final de la noche.

El hombre viejo estaba sacudiendo la cabeza.

—Uno de los muertos era extranjero, Johnny, entraron al país ilegalmente según parece.

—¿Y qué?

—Era ruso.

—Ya veo...

—Si ellos van detrás de los cohetes, creo que el asunto va a estallar de modo muy desagradable.

Johnny se encogió de hombros.

—Será una especie de carrera entre ellos y yo. No será tampoco la primera vez que ocurre eso.

—Pero sí es la primera que operan de este modo en nuestro país, y utilizando hombres capaces de convertirse en una pista tan clara en nuestras manos.

—Eso demuestra que consideran de suma urgencia obtener resultados.

—Lo mismo que nosotros.

—Ahora creo que me iré a dormir, señor. Si surge algo nuevo llámeme.

—Lo haré. Pero debo decirle que en lo concerniente a Jannina mis hombres están desconcertados... Usted no tendrá alguna idea sobre el lugar aproximado donde pudo dirigirse, ¿eh?

—En absoluto.

—Pues no cabe duda que ha sabido ocultarse muy bien. En fin, no desespere.

Sólo le replicó un gruñido. Johnny abandonó el despacho más preocupado que nunca. Tal como estaban las cosas sólo cabía esperar que a la noche siguiente la suerte le fuera más propicia.

Despertó y al instante todos sus sentidos estuvieron agudizados, tensos y alerta, con ese salto del sueño a la más completa alerta, propio de las fieras de la selva.

Inmóvil en el lecho, se preguntó qué era lo que había roto su sueño. Al otro lado del ventanal apenas se insinuaba una tenue claridad precursora del amanecer. Todo era silencio, una quietud absoluta.

No obstante, algo le había arrancado del profundo sueño en que se sumió tan pronto tocara la cama.

Captó los imprecisos rumores de la casa. Un débil chasquido, quizá producido por la brisa en una ventana. El susurro de las ramas de los árboles cerca de la ventana.

Y un roce que no tenía explicación lógica. Un roce en las escaleras.

Johnny se irguió poco a poco y empuñó la pistola. Luego, lo pensó mejor y volvió a dejarla bajo la almohada.

Se deslizó fuera de la cama, acercándose a la puerta. Allí escuchó con todos los sentidos y ya no le cupo duda de que un intruso había penetrado en la casa.

Lo extraño era que el rumor sonaba ahora abajo, en el despacho-biblioteca.

Descalzo, vestido solo con el pantalón del pijama, descendió las escaleras como una sombra. Vio los chispazos de luz de una linterna moviéndose más allá de la entrada del despacho, cuya puerta estaba abierta de par en par.

Johnny llegó junto a la entrada y se inmovilizó, atisbando el interior. Sólo distinguió una sombra imprecisa y el haz de la linterna eléctrica enfocado hacia los papeles que el intruso iba sacando de los cajones y desparramándolos sobre la mesa.

Perfectamente tranquilo, esperó. Sabía que si trataba de sorprenderlo dentro habría lucha, y no deseaba utilizar armas. Ahora, contra su costumbre, necesitaba al enemigo vivo.

De modo que aguardó pacientemente hasta que el registro terminó. La linterna se apagó y unos pasos suaves y quedos se acercaron al portal de la estancia.

Vio el bulto aparecer precavidamente, detenerse y escuchar, Contuvo la respiración y esperó a que diera otro paso que le colocaría a su alcance.

Entonces saltó sobre él. Sus brazos le apresaron en una dolorosa llave que le inmovilizó por completo.

Entonces advirtió simultáneamente algunas cosas que estuvieron a punto de arrancarle una exclamación de estupor.

En primer lugar, el cuerpo que aprisionaba no era la masa de duros músculos que cabía esperar en un asaltante nocturno, sino el suave y cálido de una mujer. Bajo sus manos la cosa estaba muy clara.

Por si le cabía alguna duda ella chilló, debatiéndose inútilmente, y su voz era semejante a una música a pesar de las circunstancias.

—¡Que me ahorquen! —Gruñó—. ¿Quién demonios es usted, otro miembro de la defensa nacional?

—¡Suélteme!

—Más espacio...

La levantó en vilo y entró con ella en el despacho tras encender la luz. Sin titubeos, exploró su cuerpo hasta convencerse de que no llevaba más armas que un revólver diminuto en la cintura. Entonces la soltó.

Y se quedó sin aliento.

Era una muchacha alta con un cuerpo que daba vértigo. No cabían dudas sobre la perfección de su anatomía, por cuanto llevaba una fina blusa negra que se ceñía a los senos como una segunda piel. El resto lo llevaba enfundado en unos ajustados pantalones también negros, y también tan apretados que parecía increíble que hubiera podido deslizarse dentro.

Tenía el cabello suavemente rizado y oscuro, y unos ojos verdes que chispeaban al mirar, y unos labios sensuales inspiradores de mil quimeras.

Johnny sonrió.

—Una pura delicia —dijo—. Mirarla, naturalmente. —¿Qué clase de salvaje es usted? Me estrujó...

—Tuviste suerte.

—¿A qué llama usted suerte, maldito sea?

Había un ligero acento en su manera de hablar.

Johnny, examinaba la pequeña arma de que se había incautado.

—Había visto juguetes, pero nunca uno como éste... ¿Se lo fabricaron expresamente para usted?

—Si me diera ocasión, podría demostrarle que puede matar lo

mismo que una «*Parabellum*».

—Lo malo para ti, encanto, es que no voy a darte esa oportunidad. Para empezar, veamos cómo te llamas.

—¡Váyase al infierno!

—Sí, bueno... Recapacita un poco, nena. Has entrado en mi casa violentando una puerta o una ventana. Lo sé porque antes de acostarme me aseguré de que estuviera todo cerrado. Desconectaste los sistemas de alarma del jardín, lo que demuestra que eres una experta en estos trotes... Todo lo cual está penado por la ley...

—Entonces, llame a la policía.

—¿Para qué? Sería perder el tiempo. Yo tengo mi propia ley, mis propios tribunales y mi verdugo particular si la sentencia es de muerte. Quiero decirte con todo eso que a menos que puedas convencerme de lo contrario, jamás volverás a violentar ninguna otra ventana.

—Usted no se atrevería a hacerme nada...

Sin nada que la pudiera advertir, él volteó la mano y la abofeteó dos veces violentamente. Ella se tambaleó de un lado a otro, pero recobró el equilibrio y le desafió con sus maravillosos ojos verdes.

—¿Qué cree que ha conseguido con eso?

—Quizá convencerme a mí mismo de que me da lo mismo matar a una mujer que a un hombre. Y ya basta, estúpida. Quiero que comprendas que la partida que está en marcha es tan endiabladamente importante que tu vida o la mía no importan nada en absoluto.

¿Comprendido?

—Eso ya lo sabía.

—Perfecto. Volvamos a empezar. ¿Cómo te llamas?

—Sonia Larsen.

—Extranjera, por supuesto.

—Inglesa.

—Por lo que veo, no llevas nada que lo pueda probar.

—Ya lo has comprobado con tus sucias manos.

—Ha sido un placer, lo creas o no. Pasemos a otro punto. ¿Para quién trabajas?

—Eso, altivo salvaje, tendrás que averiguarlo por ti mismo.

El suspiró.

—Lo haré, y la cosa no va a gustarte. Sólo que esos

procedimientos llevan tiempo, muñeca, y el tiempo es de lo único que no dispongo, de manera que todo será más fácil si colaboras un poco.

—No te diré nada. Llama a la policía.

Él se rascó la nuca, perplejo.

—Lo creas o no, acabas de convertirte en otro maldito problema.

Como si no fueran suficientes los que tengo...

Ella rió descaradamente. En su fuero interno, el hombre admiró aquel sereno dominio de sí misma de que la muchacha hacía gala.

—En todo caso, es tu problema —replicó ella.

—Seguro, es mi problema. Y también es mía la solución al mismo.

—¿Qué solución?

—Eliminararte sin alboroto. Si, tal como creo, operas a cuenta de la «oposición», no será ninguna pérdida por la que nadie vista de luto...

Por primera vez un ramalazo de inquietud enturbió los resplandecientes ojos verdes.

No obstante, le espetó:

—Haz lo que quieras, aunque no creo que te atrevas a matarme.

No eres de esa clase.

No tienes ni idea de la clase de tipo que soy cuando estoy trabajando...

Ella lo pensó detenidamente sin apartar su mirada del pétreo rostro del hombre.

Finalmente, una tenue sonrisa aleteó en sus labios.

—Muy bien —musitó—. Tú ganas.

—No te quepa duda...

—Soy agente del Intelligence Service británico.

—Eso puede ser cierto y puede no serlo. Carezco de medios para comprobarlo.

—Eso es cosa tuya.

—Y tuya, primor, porque si no puedes demostrarlo y me convenzo de que en realidad para quien trabajas es para la gente que persigo, tu vida no valdrá un miserable centavo falso.

—¿Que tú persigues...?

—Ya lo oíste.

—No lo comprendo. Yo creí que solamente...

—Sigue, maldita sea, no hables a borbotones. ¿Qué creías?

—Nada.

El la abofeteó de nuevo. Casi insensiblemente la exasperación se adueñaba de sus nervios.

—¡Ya basta de eso! —rugió—. Hay demasiado en juego para que una mujer estúpida pueda dar al traste con todo. ¿Cómo viniste aquí, qué buscabas en mi escritorio, quién te mandó registrarlo? ¡Y quiero respuestas, maldita sea!

Ella se encogió sobre sí misma. Ahora se daba cuenta de que aquel hombre estaba llegando al límite de su autocontrol. No obstante, el desconcierto seguía aturdiéndola en cierto modo.

—La iniciativa partió de mí exclusivamente. Pero yo no buscaba nada tuyo...

—Ésta es otra sorprendente noticia. Ésta es mi casa, ¿lo olvidaste?

—Yo..., yo pensé que era la casa de ella solamente.

—¿La casa de quién, por todos los diablos?

—De la mujer que se entrevistó con los rusos.

Johnny sacudió la cabeza temiendo que empezara a darle vueltas en cualquier momento.

—Estás hablando como un jeroglífico de suplemento dominical. ¿Qué mujer se entrevistó con los rusos, y qué rusos son éstos ya que estamos metidos en el asunto?

—No es difícil de entender. Yo..., me mandaron a investigar secretamente qué había de cierto en el robo de esos cohetes de gas letal... Mi Gobierno no estaba muy convencido de la versión facilitada por el tuyo.

—Es encantadora la confianza mutua entre Gobiernos democráticos... Pero no le interrumpas ahora que has empezado. Sigue.

—Bueno..., pronto advertí que el asalto al buque era cierto. Pero descubrí algo más..., algo que me intrigó profundamente. Unos agentes soviéticos estaban realizando un trabajo muy parecido al mío, sólo que utilizando métodos más brutales. Fue con esos rusos con los que ella se entrevistó.

—¿Quién?

—La mujer.

¡Infiernos! ¿Qué mujer, lo dirás de una vez?

Ella enarcó las cejas.

—La propietaria de esta casa...

—¿Jannina? —estalló Johnny, con voz que parecía a punto de quebrarse.

—No sé cómo se llama, pero escuché una conversación y eso me proporcionó la pista de esta casa.

El apenas la oía. Un huracán de emociones encontradas se había desencadenado en su interior, sacudiéndole hasta la última fibra del cuerpo y atenazándole en un dogal de angustia.

—¡Descríbela! —ordenó casi a gritos.

—Bueno, ¿por qué no?

Lo hizo, y sus palabras trazaron un fiel retrato de Jannina.

Johnny retrocedió y fue a sentarse en una butaca, ante la expectación de la muchacha. El murmuró:

—Es increíble...

—¡He dicho la verdad!

—Tal vez...

—Ella..., ¿es tu esposa?

—Ha sido mucho más que eso..., sin necesidad de documento alguno. Ha sido mi propia vida.

—Comprendo...

—¿Cómo puedes comprenderlo? —bufó, levantándose—. Creí alcanzar las cimas del paraíso con ella en mis brazos. Tal vez fui excesivamente ingenuo a pesar de ser quien soy... ¿Dónde la viste?

—En un parador de carretera.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Cómo fue que tú estabas cerca tan oportunamente?

Ella se relajó.

—Creo que... que debo contártelo. En cierto modo tengo el presentimiento de que el asunto escapa a mi control.

—De eso puedes estar endiabladamente segura.

—Nosotros..., mis jefes, pensaron en un principio que lo sucedido con los cohetes, si era cierto, era obra de los rusos, en su afán por poseer esa terrible arma. Yo vine aquí siguiendo a uno de sus agentes más hábiles que operaba en Inglaterra. Mi departamento estaba dándole cuerda para descubrir toda su red..., y entonces emprendió el viaje.

—Y tú viniste tras él. Muy bien, ¿cómo se llama ese individuo?

—Cualquiera sabe su verdadero nombre. El se hace llamar Zarkoff.

Johnny dio un respingo.

—¿Zarkoff? —barbotó, con voz rota—. ¿Estás segura?

—Sí.

El casi se llevó las manos a la cabeza.

—¡Y a tu Gobierno sólo se le ocurrió darle cuerda, a un hombre como ése! ¿Qué clase de estúpidos son tus jefes?

¿Quieres decir que le conocías?

—¡Infiernos conocerlo! Estuvo a punto de matarme..., mejor dicho, casi lo consiguió, y por medio de esa mujer a quien viste entrevistarse con él. Todo esto es endiabladamente absurdo, irreal. Me consta que los rusos no tienen nada que ver con el asalto al barco que transportaba los cohetes..., y, sin embargo, Zarkoff está aquí, operando a marchas forzadas. Increíble...

—¿Qué piensas hacer ahora? Conmigo quiero decir.

—Haré que comprueben tu personalidad, te guste o no. Y si has mentido puedes empezar a elegir una mortaja.

Ella se estremeció.

Pero no dijo una palabra mientras Johnny descolgaba el teléfono y hablaba brevemente. Luego, cuando colgó, volvióse hacia la muchacha.

—En unos minutos alguien se ocupará de ti. Ahora es cuando creo que el tiempo, para nosotros, se agotó por completo.

—Cuando hayas establecido mi identidad...

—¿Sí?

—Quizá entonces dejes que yo también realice mi trabajo.

—No lo harás en este país, y menos mientras yo esté operando en este asunto. Ya han habido demasiadas interferencias hasta ahora sembrando la confusión y el desconcierto.

—Mi Gobierno sabrá lo que tiene que hacer en este caso.

—Tu Gobierno mantendrá la boca cerrada porque no podrá justificar ante la opinión el hecho de que envíe a sus agentes secretos a meter las narices en este país. Por lo demás, eso es algo que maldito si me preocupa lo más mínimo.

Era de día cuando llegaron los dos hombres enviados por el viejo de albos cabellos. No necesitaron muchas explicaciones para

llevarse a la muchacha, que no protestó.

Sólo, plantándose ante Johnny, le miró largamente a los ojos y sonrió.

—Pude pasarlo mucho peor —reconoció, con una leve mueca—. Si le interesa, el parador donde vi esa reunión es el Pioner, en la carretera de Albertville.

—Adiós, y suerte.

—¿Crees que la necesitaré?

—Estoy seguro.

Los dos silenciosos individuos desaparecieron con ella estrechamente vigilada.

Pero al marchar dejó un océano de amargura en el corazón de aquel hombre que, hubo un tiempo, llegó a creer que ya no tenía corazón.

CAPÍTULO VII

Una exhaustiva inspección del parador le llevó al convencimiento de que Jannina no estaba allí. Con toda seguridad, habían elegido aquel lugar sólo para entrevistarse.

No obstante, habló con el encargado y consiguió averiguar que dos extranjeros habían alquilado una de las cabañas más apartadas.

—Esta cabaña está vacía —repuso Johnny—. Lo he comprobado hace unos minutos.

—Ciertamente, pero sigue alquilada por ellos, amigo.

—Entiendo; se fueron temporalmente.

—Eso es.

Depositó otro billete de diez dólares sobre la mesa.

—Hábleme de la mujer que se reunió con ellos aquí.

—Apenas si la vi unos instantes. Estaban esperándola en la entrada de coches, de modo que ni siquiera vino a preguntar la situación de la cabaña. Lo único que puedo decirle es que la dama era toda una belleza. He visto poquísimas mujeres tan hermosas en mi vida.

—¿Le pareció que se alegraba de ver a los dos extranjeros?

—No me fijé en esos detalles. Sólo me fijé en ella.

—Sí, claro..., era tan bella que le subyugó.

—Ni más ni menos.

Hundió la mano en un bolsillo y sacó una fotografía del tamaño de una postal.

—¿Era ésta? —preguntó, inesperadamente.

El hombre sólo precisó darle un corto vistazo a la foto.

—¡Seguro! —exclamó—. La reconocería entre un millón.

—Ya veo... —sustituyó la fotografía por otra tamaño carnet y la depositó sobre la mesa con cuidado, como si temiera romperla—.

¿Le reconoce?

—Desde luego que sí. Es el que alquiló la cabaña.

Era la fotografía de Zarkoff.

De modo que Sonia había dicho la verdad.

Se despidió regresando al lugar donde había dejado su coche estacionado al llegar.

Durante el viaje de vuelta a la ciudad estuvo reflexionando profundamente.

El sol caía inclemente sobre la tierra. Johnny maldijo al calor, como hubiera maldecido a cualquier otra cosa en su estado de ánimo. Pensó en despojarse de la chaqueta, pero imaginó que la funda en la que llevaba la «Magnum» llamaría demasiado la atención y gruñó, disgustado. Él no podía hacer como el pistolero, que lucía el arnés de cuero y el revólver sin ocuparse para nada de la chaqueta.

Algo tintineó en su mente, algo como una campanilla de alarma.

La idea danzaba de aquí para allá. Luchó por apresarla y al fin creyó haberlo conseguido. Y eso sólo aumentó su perplejidad.

Siguió encajando el problema dentro del nuevo armazón mental que se había trazado. Podía estar en lo cierto o equivocarse, por supuesto, pero en cualquiera de los dos casos era cuanto tenía, excepto la información que la voz misteriosa le diera por teléfono relativa a la cita en Red Bay a las doce de la noche.

Cuando llegó a su residencia escuchó el chapoteo de un cuerpo en la piscina. Como un relámpago, se imaginó a Jannina en el agua. Corrió atravesando el jardín como una flecha.

En efecto, había una mujer nadando plácidamente.

Pero no era Jannina.

—Hola, hombre importante —le saludó Ursula Kyle, agitando una mano.

En el primer momento creyó que estaba desnuda, pero luego descubrió un escueto bikini de un rosa pálido que llevaba.

—¿Qué infiernos estás haciendo aquí? —tronó.

—Esperándote.

—Te advertí. No más interferencias.

—He venido a decirte justamente lo contrario. Alguien consiguió amordazar al Nsc.

¿Fuiste tú?

—Alguien más importante que yo.

—De modo que ahora estoy prácticamente sin trabajo...

Nadó hacia la orilla y se izó a pulso, irguiéndose ante Johnny con el cuerpo terso y provocativo bañado de brillantes regueros de agua.

—Se me ocurrió que quizá tú pudieras hacer algo por mí —añadió, con ironía—. Eres el responsable de...

—Vístete y vete de aquí.

Ella parpadeó.

—¿Por qué tantas prisas? Tú no eres un misántropo, Johnny.

—No creo que pudieras comprenderlo en todos los días de tu vida.

—Prueba a ver.

El encajó las mandíbulas y sus dientes chirriaron al encajarlos salvajemente.

—Vete —repitió, con voz que ni él mismo reconoció—. Es mejor para ti.

Echó a andar hacia la casa y ella le siguió.

Johnny encendió un cigarrillo. Se despojó de la americana y luego soltó las trabillas de la funda axilar. Extrajo la pistola, que introdujo en un cajón. Luego colgó la chaqueta y la funda vacía en una percha.

La muchacha murmuró:

—¿Que sucede, Johnny?

—No quiero hablar de eso.

—Estás profundamente amargado, ¿no es cierto? Nunca creí que un hombre como tú fuera capaz de experimentar esos sentimientos.

—¿Qué clase de hombre crees que soy, una bestia sanguinaria? —rugió, exasperado.

—¡Johnny, yo no...!

Él se acercó al mueble-bar y llenó un vaso. Sorbió el *whisky* lentamente. Ella se le aproximó, deteniéndose a su lado.

—Lo siento, Johnny —murmuró—. No quise insultarte ni mucho menos.

—Olvídalo. En parte, la culpa es mía. Jamás debí dejar que me envolvieran otra vez en este infierno.

—Mírame.

Ladeó la cabeza. Ella estaba tan cerca de él que el aroma

fragante de su cuerpo húmedo era como un perfume turbador.

Poco a poco la muchacha acercó sus labios a los de Johnny. Éste inclinó bruscamente la cabeza y sus bocas chocaron casi con violencia.

Fue un corto combate de ansias y voluntades, de deseos infinitos nunca satisfechos, el que se entabló con aquel largo beso. Cuando ella se apartó, desprendiéndose de las duras manos que la apresaban, había una mirada húmeda en sus ojos.

—No me besabas a mí, ¿verdad, Johnny?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Las mujeres podemos adivinar estas cosas. En realidad, la besabas a ella a pesar de tenerme a mí entre tus brazos.

—Estás diciendo tonterías.

Ella sacudió la cabeza. Gotas de agua salpicaron en torno a su cabello.

—Sé lo que me digo. Muy bien, pensé que quizá tendría una oportunidad. Me equivoqué. Pero antes de irme, Johnny, me besarás «a mí». —Estás loca.

—Quizá.

La besó otra vez, profundamente, sintiendo como todo su mundo se tambaleaba alrededor.

Apretó los brazos y ella estuvo a punto de quejarse. Luego, ya no se quejó porque estaba segura que aquellos labios la besaban a ella y no a un recuerdo y se sintió desfallecer.

—Ahora..., ahora puedo irme —susurró.

El la soltó, viéndola correr hacia una puerta interior.

Entonces se preguntó cómo diablos había entrado ella, y por qué se le ocurrió esperarle con tan precario atuendo, pero antes que llegase a ninguna conclusión una voz restalló a sus espaldas:

—¡No mueva ni las pestañas, Wagner, o le mato!

Se puso rígido. Oyó los pasos que se acercaban. Una mano le obligó a volverse.

Eran cuatro hombres los que habían entrado, aunque sólo uno estaba junto a él. Los otros permanecían en segundo término, todos armados, todos con rostros inexpresivos.

—Las manos muy quietas, pichón —dijo el pistolero—. ¿Dónde llevas la pistola?

—¿Dónde crees, estúpido? Estoy desarmado.

—Compruébalo —graznó uno de los espectadores.

Lo comprobó sin dificultad.

—Bien, eso facilita las cosas. ¿Cómo quieres que te agujeree, de pie o sentado? Puedes elegir, pichón...

Se echó a reír como si acabara de oír un chiste divertido.

El mismo que hablara antes gruñó:

—Termina de una vez y larguémonos de aquí. No te pagan por charlar como un papagayo, sino por disparar unos cuantos tiros.

Johnny maldijo entre dientes. Aquello era cada vez más absurdo. ¿Quién pagaba por matarle, y por qué?

El pistolero dejó de reír y cacareó:

—¡Ya lo oíste..., me pagan por despacharte! No es nada personal, ¿comprendes?

Volvió a reír.

El cañón de su pistola, alargado por el silenciador, se elevó una pulgada enfocado contra el amplio tórax de Johnny.

En aquel instante, tras él la voz de Ursula chilló:

—¡Al suelo, Johnny!

Apenas oyó la voz rodó a un lado. El pistolero, desconcertado, titubeó un segundo. Ése fue el segundo que separaba la vida de la muerte.

De su muerte.

Desde la habitación, Ursula hizo fuego dos veces con una pistola de escaso calibre, pero que a tan corta distancia abatió al criminal con la efectividad de un cañón.

Los otros empezaron a disparar furiosamente contra aquella puerta, casi olvidados de su objetivo primordial.

Eso fue un error, por cuanto Johnny rodó sobre sí mismo, oyendo silbar las balas sobre su cabeza.

Consiguió escudarse tras el respaldo de una butaca. Sirviéndose de ella como parapeto, siguió retrocediendo hasta donde dejara la pistola al llegar.

Cuando la tuvo en la mano rugió:

—¡Huye, Ursula, ahora es cosa mía!

No esperó respuesta. Su voz había devuelto la cordura a los tres pistoleros supervivientes y los tres a la vez le buscaron con sus armas.

Johnny tiró del gatillo con escalofriante frialdad.

El que llevara la voz cantante dio un salto atrás. Su cara estalló cuando el pesado proyectil se la desmenuzó.

Una bala zumbó muy cerca de Johnny, que se había convertido en puro movimiento, desconcertando así a los dos enemigos restantes.

La butaca encajó otra andanada. La empujó hacia un lado y cuando llegó cerca de la puerta la empujó con todas sus fuerzas contra los dos pistoleros.

Hubo un impacto y un grito. Uno de los dos rodó por el suelo y el otro trastabilló. Apenas había recobrado el equilibrio cuando la «Magnum» entró en liza de nuevo y los dos proyectiles le levantaron del suelo estampándole de cara contra la pared.

El otro consiguió librarse del peso del butacón. Johnny dijo:

—Tú no sabes quién pagó por este trabajo, ¿eh?

El tipo sacudió la cabeza.

—Es lo clásico —refunfuñó el Exterminador—. Y en ésta ocasión es tu sentencia de muerte...

—¡Escuche...!

La «Magnum» se encabritó dos veces.

El pistolero ya no volvería a cobrar jamás como no fuera del diablo...

Entonces, tras él, Johnny escuchó el jadeo de Ursula y se volvió en redondo. La vio muy pálida, con el rostro desencajado y una mirada de espanto en sus grandes ojos que ya no parecían tan bellos con esa expresión.

—¡Le has matado! —jadeó.

—¿Qué esperabas?

—Pero..., pero estaba indefenso...

—Es mejor que te vayas de aquí.

Ella le miró. Una lágrima se deslizó por sus mejillas.

—Quisiera saber qué clase de hombre eres, Johnny —musitó.

—No te gustaría averiguarlo.

Estaba vestida. Girando sobre los altos tacones de sus zapatos echó a correr y desapareció. Sus sollozos se oyeron hasta que llegó al jardín.

Johnny maldijo en todos los tonos. Estaba furioso, salvajemente enfurecido por todo aquello.

Llamó de nuevo al número del viejo y contó brevemente lo

sucedido. Le interesaba que los cuerpos fueran retirados sin escándalo.

Luego, sintiéndose como un viejo de mil años, abandonó la casa y se encaminó al garaje en busca del coche.

CAPÍTULO VIII

Red Bay era apenas una caleta en la que, en tiempos, hubo una especie de rústico parador, ahora en ruinas.

Una barrera de rocas frenaba el ímpetu de las olas a media milla mar adentro, de manera que el agua de la caleta era mansa y transparente.

Cuando Johnny atisbó desde su escondrijo, en mitad de la noche, las aguas se le antojaron tan negras como el infierno.

Podía ver la oscura silueta del derruido edificio, y la arena pálida de la estrecha playa casi hundida entre los pesados roquedales.

Nada se movía.

Sólo el susurro del mar turbaba el silencio de la noche.

Johnny se deslizó entre las rocas hasta llegar al arruinado edificio. Se internó entre los montones de escombros y maderos carcomidos. Una enorme rata brincó frente a él, con un chillido de protesta por aquella invasión de sus dominios.

Johnny inspeccionó el terreno. Faltaba más de una hora para la medianoche, de modo que tenía tiempo.

Halló un lugar adecuado para apostarse. Un trozo de muro desde donde dominaba una amplia extensión sin que nadie pudiera verle a él viniera de donde viniera.

Y así aguardó pacientemente, con esa entrenada calma paciente de los animales salvajes al acecho en sus selvas llenas de misterio.

Pero la calma del hombre era sólo aparente. Su mente trabajaba metódica y febrilmente.

Sólo dos veces consultó su pequeño reloj de esfera fluorescente. La primera cuando señalaba las once y treinta y siete minutos. La segunda cuando las fosforescentes saetas le indicaron que eran

exactamente las doce de la noche.

Dio la vuelta al reloj colocándolo en la parte interna de la muñeca para evitar que su luminosidad tenue pudiera ser vista en la completa oscuridad del silencioso paraje. Empuñó la pistola y esperó.

Primero oyó los pasos descendiendo por las rocas. Unos pies poco diestros en andar por tan abrupto terreno. De vez en cuando resbalaban y entonces sonaba una voz ahogada, maldiciendo de mala manera.

Pronto vio al hombre llegar a la playa y detenerse allí.

Cual si hubiera sido un movimiento concertado de antemano, en el mar se escuchó el sordo petardeo de un motor fuera borda. Medio minuto después el motor quedó mudo, Johnny se irguió poco a poco. Sus ojos de halcón taladraban la oscuridad reinante.

Una pequeña lancha apareció sobre las aguas, manejada por unos remos que apenas si producían el más leve rumor.

Una voz apagada inquirió:

—¿Bardek?

—Si. ¿Pinzón?

—¿Quién otro?

El hombre de tierra ayudó al otro a varar la barquichuela. Después, de ésta sacaron una maleta de mediano tamaño.

Una voz burlona indagó:

—¿Quieres contarlo aquí mismo?

—¿Para qué? Si falta un solo dólar el negocio queda roto, de modo que tú verás lo que te conviene.

—No me gusta tu tono.

—Tampoco a mí me gusta andar por estos parajes, a oscuras. No tengo ojos de gato, de modo que estamos más o menos iguales.

—Hablas demasiado y no dices nada. ¿Cuándo entregarán la mercancía?

—El cargamento está listo. Dile a tu gente que pasado mañana llegará al lugar indicado, en la costa de tu país.

—Me parece bien.

—Suerte.

—Sí.

Eso fue todo.

O podía haber sido todo de no mediar la presencia de el

Exterminador por en medio.

Johnny esperó a que el sudamericano llegara a la lancha. Entonces disparó. Su pistola apenas si semejó toser. Pinzón pegó un salto y cayó sobre la borda del bote, escorándolo hasta que, dando la vuelta, volcó, quedando con la quilla al aire. El cuerpo desapareció bajo las quietas aguas de la caleta.

El otro no esperó a ver qué era lo que había sucedido. Echó a correr hacia el acantilado llevando la maleta con él.

Johnny disparó de nuevo, apenas sin apuntar. El hombre lanzó un alarido y rodó unos pasos antes de llegar a las rocas.

La bala le había roto la pierna.

Se arrastró desesperadamente, arrastrando la maleta, pero pronto la abandonó y empuñó un revólver, buscando a su enemigo sin verlo.

Johnny aguardó todavía. A veces había desafiado a la muerte sin una mueca, pero en esta ocasión si había algo que no deseaba era morir.

Por lo menos, no quería morir hasta haber ajustado las cuentas al diabólico cerebro que había tramado una jugada que bien pudo poner al borde de la catástrofe a millones de seres humanos.

El pistolero siguió arrastrándose hasta que consiguió llegar bajo las primeras rocas.

Luchó por levantarse sobre su única pierna sana.

Lo consiguió tras terribles esfuerzos, loco de dolor.

Justo en aquel instante, cuando había logrado enderezarse, sintió un horrible impacto en la pierna, un golpe atroz que le arrancó un aullido de infrahumano dolor.

Rodó de nuevo sobre la arena. No obstante, giró el revólver y disparó dos veces. Los estampidos atronaron la noche, pero eso fue todo lo que hicieron.

Johnny abandonó su escondrijo y avanzó unos pasos en la arena.

El hombre le vio. El revólver giró, buscándole.

Un trallazo terrible sacudió la mano del pistolero, un huracán de fuego que se llevó el revólver y dos de sus dedos.

Enloquecido de dolor, desesperado, vio aproximarse la oscura silueta de aquel hombre, implacable como la misma muerte, sin que pareciera tener prisa alguna.

Y entonces chilló lleno de pánico, casi olvidado del dolor que le

mataba lentamente. Johnny se detuvo a dos pasos.

—¿Quién te mandó?

Sólo le respondieron los entrecortados gemidos del hombre.

Su voz helada insistió:

—¿Fue Shet Marsha, el propietario del Flours Paradise?

—Sí... ¡Sí, maldito sea usted, sí...!

—Lo imaginé. ¿Está allí la muchacha?

—¿Qué... qué muchacha?

—Jannina.

—No sé de quién me habla... ¡Ayúdeme..., un médico...!

—¿Para qué?

Tomó la maleta de la arena y empezó a encaramarse por las rocas.

Abajo, aullando, enloqueciendo de dolor y pánico, el pistolero moría lentamente mientras la arena empapaba la sangre como el agua un sediento...

* * *

Shet Marsha era un hombre alto, ancho, poderoso y temido.

En su ambiente era una especie de reyezuelo despótico cuya palabra era ley.

Eso era cuando estaba vivo.

En esos instantes, mientras Johnny le contemplaba por encima de la mesa, ya no era más que un montón fofu y muerto, derribado al otro lado.

Johnny gruñó:

—Se me anticiparon... Venía a traerte la «pasta», camarada. Te fuiste sin poder ver esa fortuna...

Se volvió.

El despacho estaba en perfecto orden. Excepto el cadáver, naturalmente.

Con la maleta en la mano, Johnny salió cerrando cuidadosamente la puerta.

Descendió a la planta baja. El local estaba cerrado esa noche, pero había luz en el bar y hacia allí se encaminó.

Desde la arcada contempló a los tres hombres acodados en la barra, y el aburrido mozo cabeceando al otro lado.

Oyó a uno de los individuos comentar:

—Tarda demasiado. Dijo que nos llamaría en cuestión de minutos, cuando Peter llegase con el dinero...

—Si te refieres a Shet, ya no está en condiciones de llamar a nadie.

Los tres giraron como peonzas. Uno fue mucho más veloz que los otros y sacó un revólver del bolsillo de atrás del pantalón.

Murió con el revólver en la mano y cayó hecho un ovillo al pie del mostrador.

Los otros aprendieron la lección y permanecieron inmóviles.

Johnny avanzó sin prisas.

—Sólo quiero que me digan una cosa, muchachos, y vivirán.
¿Sí?

Los dos asintieron en silencio. El mozo semejava una estatua.

—¿Quién visitó a Shet esta noche?

—¡Nadie...!

—Alguien estuvo con él y lo mató. ¿Fue una mujer?

El estupor más absoluto se reflejó en sus rostros. Para Johnny fue una elocuente respuesta.

—¿Un extranjero quizá?

—No... Estuvo aquí un extranjero, pero no le dejamos subir arriba.

—De algún modo subió —refunfuñó Johnny—. Por último, ¿dónde está el cargamento?

Se miraron, atónitos.

El añadió:

—Están perdidos sin remedio. O les acribillo aquí mismo si no hablan, o son juzgados si viven. De cualquier modo ya no podrán realizar nunca ese fantástico negocio... ¿Dónde, muchachos?

Hubo un largo silencio. Después, uno de ellos musitó:

—Prefiero que me juzguen. ¿Qué opinas?

—Seguro —tartajeó su compañero—. No podrán acusarnos de nada grave..., la cosa la organizó el patrón...

—Estoy esperando.

—Sí... Todo el cargamento continúa a bordo del buque...

—¿Cómo?

—Pintaron el barco de nuevo y le cambiaron el nombre. Está atracado en alta mar..., frente a las costas de México... Ahora lleva

el nombre de *Blue Sea*...

—¿Cuánta gente hay a bordo?

—Unos quince hombres.

—¿Armados?

—Seguro.

—¿Metralletas o armas pesadas?

—Metralletas solamente.

—Está bien. De espaldas, camaradas.

—¿Qué... qué va a hacer?

—Quitaros las uñas.

Se volvieron de cara al mostrador. Les desarmó y luego les mandó sentarse en el suelo, a cierta distancia de él. El mozo se les unió temblando.

Una vez más, y esperaba que fuera la última, llamó a cierto número y dio el informe.

Luego, colgó y esperó.

El hombre viejo llegó acompañado de cinco personajes más. Se hizo cargo de la situación con una sola ojeada y dijo entre dientes:

—Esos tipos están vivos... Inaudito. Ahora creo que está usted desentrenado, Johnny...

Nunca debí dudarlo.

—¡Muérase! —estalló, encaminándose a la puerta.

—¡Un minuto!

Se detuvo, volviéndose.

El hombre de blancos cabellos se le aproximó después de apoderarse de la maleta.

—Lamento que el asunto de Jannina siga todavía sin resolver, Johnny. Yo...

—Olvidelo.

—¿Qué?

—Sé dónde está.

—¡Infiernos! Y no lo dice hasta ahora... ¿Dónde, muchacho?

—No creo que deba usted saberlo...

Volvió a darle la espalda y siguió hacia la puerta. Y de nuevo le alcanzó el que fuera su jefe.

¿O todavía seguía siéndolo?

—¡Maldito sea! —Gruñó el viejo—. Conozco perfectamente esta expresión en su cara, Johnny. Y no me gusta. Nunca me gustó

porque es lo más parecido a la muerte que vi jamás.

—Bueno.

—¿Adónde diablos quiere ir con tantas prisas?

Johnny sonrió. Fue una mueca que incluso al endurecido viejo le causó escalofríos.

—Voy a buscarla, señor...

—Ya veo...

—Cuando haya terminado comprenderá que estoy más entrenado que nunca...

—¿Qué quiere decir con eso?

No obtuvo respuesta y salió. El viejo quedó tieso unos instantes, dándole vueltas al asunto en su mente privilegiada.

Pero fue incapaz de comprender las mortíferas intenciones del hombre al que, en cierto modo, él había creado.

De modo que volvió atrás para ocuparse de los millones, de sus prisioneros..., y del fatídico cargamento que al fin volvería al lugar donde debía estar.

CAPÍTULO IX

La cabaña estaba oscura y silenciosa, no obstante, Johnny no se confió.

Dio un rodeo y la examinó por sus cuatro costados, oculto en los arbustos del frondoso parque natural.

Finalmente su paciencia obtuvo premio. Vio moverse una sombra bajo el porche que servía de garaje. El coche era oscuro y no muy nuevo.

«Discreto», pensó.

Se tumbó en el suelo. Ahora que había localizado al enemigo sus nervios se habían tranquilizado por completo.

Moviéndose con el sigilo de una serpiente fue avanzando pegado al suelo. Debía atravesar un pequeño claro. Era el único lugar donde podía ser descubierto y eliminado. Contuvo el aliento y siguió adelante.

La luz de la luna cayó sobre él cuando abandonó el refugio de los arbustos. Pero a pesar de eso no apresuró su avance. Continuó lento y silencioso, porque cualquier precipitación podía producir algún sonido delator, y eso significaría la muerte.

Tardó dos eternos minutos en atravesar la zona iluminada por la luna. Después, se encontró bajo la protección de la propia cabaña.

La rodeó. Vio el coche.

Y al hombre, apostado allí, junto a la pared.

También descubrió el rifle que tenía apoyado en el muro junto a sus piernas.

Enarcó las cejas.

Incluso un rifle. Pensó irónicamente si tendría emplazada artillería en alguna parte, esperándole...

Irguiéndose un poco, Johnny hundió la mano bajo la cazadora

de lana negra que llevaba.

Cuando la sacó lo hizo empuñando un bien equilibrado cuchillo.

El hombre se removió, inquieto, como si presintiera la presencia de la muerte apenas a unos pasos de él.

El cuchillo surcó el aire con un agudo susurro. Hubo un golpe sordo, un ronco estertor, y el hombre se llevó desesperadamente las manos a la garganta.

Antes que cayera, Johnny estaba a su lado, sosteniéndole. Le depositó en el suelo con sumo cuidado. No hubo ningún rumor, ningún golpe que delatara su presencia.

Sólo el salvaje chirrido de sus dientes cuando se incorporó, de nuevo con el cuchillo en la mano.

Se aproximó a la puerta, tomó impulso y se lanzó contra la madera.

El estallido del golpe arrancando 3a cerradura sonó como un pistoletazo. El trastabilló en el oscuro interior, recobró el equilibrio y dio un salto atrás, colocándose a un lado del portal por el que se colaba la luz de la luna.

Silencio.

Contuvo el aliento para escuchar mejor. Sólo los encabritados latidos de su corazón.

Después, cuando la tensión cedió en parte, creyó percibir un jadeo contenido a su derecha. Para ir hacia allí debía atravesar el portal delator.

Enfundó el cuchillo. Sus piernas se encogieron igual que muelles de acero. Cuando las disparó le lanzaron por el aire en una ágil cabriola que le llevó al otro lado del portal como una exhalación.

Rodó sobre un suelo de madera y en un abrir y cerrar de ojos estaba otra vez de pie.

Ahora no le cupo ninguna duda de que alguien más había en la cabaña. Pero nadie disparó contra él ni notó el menor gesto agresivo.

Se arriesgó a encender una diminuta linterna eléctrica al tiempo que empuñaba la pistola con la otra mano.

El delgado rayo de luz le reveló una puerta cerrada, La abrió de un empujón.

Apareció un oscuro interior. El fino dedo de la luz culebreó de aquí para allá hasta detenerse bruscamente sobre la agitada forma

que yacía encima de una litera.

Avanzó lentamente. La luz cayó sobre unos grandes ojos desorbitados que trataban de huir del resplandor para ver más allá, en la oscuridad donde estaba la cara del recién llegado.

Y éste musitó:

—¡Jannina...!

Apagó la linterna y encendió la luz del techo.

Entonces pudo verla.

Y se estremeció, y todas las furias del infierno hicieron presa en sus sentimientos y el mundo pareció resquebrajarse a su alrededor.

—¡Jannina! —repitió, casi sin voz.

La muchacha estaba férreamente sujeta por finas cuerdas de nilón. Lo que quedaba de sus ropas eran simples jirones de tela sucia y manchada de sangre seca.

De su propia sangre.

Su cuerpo, firme y adorable como ningún otro, mostraba terribles señales del cruel trato recibido.

Aquel cuerpo que él adoraba, el cuerpo de la mujer que lo era todo en su vida.

La desató valiéndose del cuchillo. Luego, lo enfundó de nuevo y procedió a librarla de la brutal mordaza.

—Pequeña mía —musitó, abrazándola.

—¡Johnny..., Dios santo, huye...!

—¿Por qué? Ahora ya te encontré...

—¡Es... es una trampa...!

—Maté al guardián, pequeña mía.

—No comprendes ¡Huye, vete, Johnny!

—¿Zarkoff? —barbotó.

—Sí... ¡Oh, sí, cuánto te odia!

—Nos iremos juntos. El y yo ajustaremos cuentas alguna vez.

—No..., volverá..., es como una bestia salvaje, lleno de odio... Quiere hacerte daño..., y apoderarse del cargamento..., todo para él..., traicionó incluso a sus jefes de Moscú...

—Cálmate. Nos ocuparemos de él cuando llegue el momento. ¿Dónde está ahora?

—Salió... quería eliminar al organizador del asalto al buque... y luego iría a nuestra casa. Quería dejar una pista que te trajera aquí...

—Me anticipé, pequeña.

—Sólo por unos minutos, Wagner. ¡No se mueva!

La fría voz a sus espaldas puso ramalazos de hielo en sus venas. Poco a poco soltó a la muchacha y se irguió.

—¿Zarkoff? —indagó.

—¿Quién otro podía ser? He esperado durante años este momento... Usted fue la causa de que me degradaran, cuando me venció en Berlín. Ahora ajustaremos esa vieja cuenta.

—De acuerdo. Pero déjela a ella que se vaya. Le doy mi palabra que no le denunciaré..., sólo déjela marchar.

—¿Por quién me toma, mi querido amigo? Ella es parte del precio que usted deberá pagar. Saque la pistola con cuidado y déjela caer al suelo. No le estoy apuntando a usted, sino a su bella y amada Jannina. ¿Entiende?

—Perfectamente.

Dejó caer la «Magnum» al suelo.

—Vuélvase despacio y empújela hacia mí con el pie.

Lo hizo también.

Entonces pudo ver a su mortal enemigo.

Era un hombre alto, amazotado, de rostro afilado y astuto, en el que brillaban unos ojos llenos de maldad.

—Muy bien, Wagner... Siéntese en la silla. Voy a atarle a ella y estaré apuntando todo el tiempo a la muñeca de sus sueños. El menor gesto agresivo y ella morirá. ¿Sí?

—¿Para qué quiere atarme? No necesita perder tanto tiempo para matarme... Tendrá usted el honor, dudoso de cualquier modo, de haber matado al Exterminador, cosa que sus jefes no consiguieron jamás.

—Cuando le mate, Wagner, usted habrá presenciado lo que hago con Jannina. Eso le dolerá mucho más que su propia muerte.

—Ya veo.

—¡Siéntese!

Se acercó a la silla. Zarkoff se movió precavidamente, la pistola por delante, siempre apuntando hacia la aterrorizada muchacha.

Johnny se dejó caer sentado en la silla. Sus ojos eran dos simas de mortal odio.

El ruso atrapó un rollo de cuerda y se dispuso a amarrarlo valiéndose de una sola mano.

—Fue una lástima que matara usted a mi compañero..., era muy tonto el pobre. Le advertí respecto a usted. Nunca creyó que fuera, en realidad, tan condenadamente peligroso...

—Ahora ya lo sabe.

—Sí, claro..., ya lo sabe.

Jannina, sobre el lecho, dio una voltereta y gritó:

—¡Ahora, Johnny!

La pistola tronó contra la muchacha. La bala alborotó sus cabellos con un zumbido lúgubre. Tras esto, ella cayó al otro lado del lecho.

Pero ya Johnny se movía con centelleante rapidez. Ni siquiera la ferocidad de sus sentimientos lograron enturbiar sus entrenados reflejos.

El cuchillo relampagueaba en su mano cuando la pistola giró hacia él. Descargó un brutal tajo y Zarkoff se echó atrás, contemplando, incrédulo, la sangre que saltaba a borbotones de su muñeca cercenada, mientras su arma rebotaba contra las tablas del suelo.

—Ahora, bastardo, nos entenderemos tú y yo —siseó Johnny Wagner, avanzando hacia él.

Con un rugido de ira, el ruso saltó contra él, despreciando el mortal cuchillo.

Lo que siguió a continuación fue algo que Jannina no olvidaría en todos los días de su vida.

Una lucha salvaje, implacable, sin piedad, en la que el vencido debería morir.

La sangre corrió a raudales, y Zarkoff supo que moría lentamente, todavía luchando, todavía resistiéndose, confiando desesperadamente en la suerte, una suerte que le había vuelto definitivamente la espalda.

Y cada asalto era una nueva herida, una nueva humillación. Se horrorizó del aspecto de su propio cuerpo cuando su enemigo le concedió un leve respiro...

—¡Acaba de una vez! —rugió, tambaleándose.

—¿Para qué?

De pronto, Jannina sollozó:

—¡Basta, Johnny, basta...!

Se volvió en el instante en que Zarkoff se desplomaba de bruces.

Johnny levantó a la muchacha en brazos y la sacó de la estancia, llevándola hacia el exterior de la cabaña.

Luego volvió atrás. Estuvo ausente apenas medio minuto. Cuando volvió, la muchacha supo que todo había terminado y que ya no habría más dolor ni espanto.

Ninguno de los dos habló hasta que estuvieron en la carretera.

Entonces, la muchacha musitó:

—Lo adivinaste, ¿verdad, Johnny?

—Estuve confundido al principio. Incluso pensé..., pensé que me habías abandonado definitivamente.

—Me obligaron, iban a matarte, Johnny..., me sorprendieron aquella noche. No podía dormir a causa de nuestra discusión y bajé... Allí estaba Zarkoff y el otro hombre. Podían asesinarte impunemente. Me obligaron a ir con ellos. Todo el tiempo, el secuaz de Zarkoff estuvo vigilándote, dispuesto a matarte si hubieses despertado.

—Ese maldito...

—Me exigió que hiciera unas averiguaciones para él. Yo... le ayudé, Johnny.

—Comprendo. ¿Fuiste tú quien me llamó por teléfono, desfigurando la voz?

—Sí...; nunca pensé que pudieras reconocerme.

—Fue cuestión de tiempo. Lo que quiero saber es por qué no me pediste ayuda...

—¿No comprendes? Estaban esperándote siempre, en todo momento. Si yo te hubiese atraído, eras hombre muerto. Pero no podía dejar que se salieran con la suya. Por eso te di aquellas pistas confiando en que de algún modo sabrías lo que debías hacer. —Y lo hice. Yo estaba trabajando en el asunto del cargamento robado.

—¿Tú?

—Es largo de contar. Lo que importa es que todo pasó definitivamente. Ese maldito liquidó a Shet Marsha también, impidiéndome utilizarle para contar la verdad al mundo.

—¿Cómo llegaste hasta Marsha?

Él sonrió en la oscuridad del coche.

—Tú me diste la pista de su establecimiento. Pero no pensé en él entonces... Sin embargo, el pistolero que se entrevistó con el enviado africano estaba en mangas de camisa, luciendo un revólver

en la sobaquera..., como si estuviera en su propia casa.

Tardé demasiado en comprenderlo.

—Ella se acurrucó junto a él.

—Sigue —murmuró.

—No hay más. Olvida, pequeña mía.

—¿Eso es todo lo que hiciste?

—Excepto besar a una mujer, eso es todo.

—Mientes, pero no importa... Nunca fui celosa.

El rió.

—Eso es una suerte, nena. No obstante, quizá algún día te presente a Ursula..., o, quizá, a Sonia. Las dos son espectaculares, cada una a su manera.

—Seguro..., lo creo, amor mío. ¿Las besaste a las dos?

—¿Tú qué crees?

—Que mientes, por supuesto.

La cosa quedó así. El detuvo el coche y se besaron larga y apasionadamente. Luego, prosiguieron la marcha hasta su residencia.

Ella seguía sin creerle.

Pero empezó a dudar cuando encontró un bikini desconocido en una habitación de la planta baja.

Un bikini reducido a su mínima expresión, de color rosa pálido y todavía húmedo. El necesitó de toda su sabiduría amorosa para disipar la tormenta. Y ella le creyó, al fin.

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los

ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.

- Milly Benton.
- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.